

Una Escapada Con... ¡Mi ex!

JEANNE BARROW

Una Escapada Con... ¡Mi ex!

Jeanne Barrow



Copyright 2024 de Jeanne Barrow

- Todos los derechos reservados –

Romance Contemporáne

Libros de Afrodita



Sinopsis

¿Cómo iba a imaginar que mi escapada de fin de semana con mis amigas acabaría siendo un desastre?

Si lo llego a saber, ni de coña lo habría organizado.

Y menos aún cuando acabé de ocupa en **LA CASA DE MI EX.**

Pero no de un ex cualquiera**… ¡NO!**

¡DE MI EX… EX!

El tipo más sexy que haya conocido y que me dejó sin darme explicaciones.

Sé que eso pasó hace años y que ahora ambos somos adultos, pero…

¡Y AHORA QUE HAGO!

🔍 No te pierdas esta comedia romántica donde cualquier cosa puede suceder.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Capítulo 1

Rachel

Todo iba a ir bien. Totalmente bien.

En cuanto llegara a la casa de campo de alquiler, llamaría a las demás. Una cancelación de última hora no acabaría con nuestro fin de semana de chicas.

El tráfico se paralizó cuando la carretera de dos carriles se atascó de veraneantes listos para comenzar su verano. Agarré mi teléfono para leer el texto con los ojos después de que la IA del coche de voz plana hubiera leído el mensaje en voz alta.

¡Rachel! Siento mucho que haya surgido algo y no pueda ir este fin de semana. ¡Lo siento muchísimo!

Fue el emoji de la cara sonriente puntuando el exceso de supers lo que me hizo caer. El nervio. El propio nervio.

Kelly sabía que detestaba la puntuación basada en emoji. Detestaba los emojis y punto. Eran atajos baratos que pretendían ser una comunicación eficiente, sólo que eran cualquier cosa menos eficientes. ¿Y por qué eran tan insistentemente alegres incluso cuando el mensaje era todo lo contrario?

Se oyó un bocinazo por detrás. Aparté el teléfono y pisé el acelerador. Un misterioso ruido

sordo que había oído antes procedente de las entrañas de mi coche decidió aparecer de nuevo. Perfecto. Subí el volumen del equipo de música.

La traidora IA del coche me informó de que giraría en quinientos metros. Para ser tan previsora, quizá debería haberme avisado de que mi amigo se largaría.

Tranquilízate. Mantente positiva.

Sólo porque Kelly hubiera cancelado, podía contar con los otros dos. Sinceramente, de nuestro grupo de amigas universitarias, Kelly era la menos fiable. Existía en su propio mundo de fantasía como influenciadora. Ninguna de nosotras había ido a la universidad sólo para influir. Por otra parte, Kelly había hecho malabarismos con todo tipo de actividades secundarias cuando éramos amigas, como si la universidad fuera el último pensamiento, no el único, como en mi caso.

Éramos personas muy diferentes.

Definitivamente, Kelly no había seguido mi ejemplo persiguiendo la tortura de un programa de doctorado. Realmente no podía culparla por ello. Había sido una tortura. Pero una tortura que estaba orgullosa de haber completado. Ahora tenía un nuevo y reluciente título y estaba lista para celebrarlo. Necesitaba esta oportunidad para desconectar.

Casi todos mis veinte años los había pasado en laboratorios y con mis compañeros de posgrado, sólo para descubrir después de la graduación que todos tenían sus propios amigos y vidas.

Incluido mi ahora ex novio Stuart, alias Stu, alias STEM Stu, que aparentemente decidió graduarse de nuestra relación.

Dio la casualidad de que Stuart era el mejor amigo de otro chico llamado Stuart (¿qué probabilidades había?), así que sus amigos los habían apodado STEM Stu y Sports Stu.

Ahora sin novio y sin universidad, necesitaba este fin de semana más que nunca. Un fin de

semana con los amigos en los que más confiaba. Las amistades que significaron tanto para nosotras como estudiantes universitarias en la Universidad de Michigan.

Aún podía salvar esto. Iris y Sam eran responsables. Fiables.

Podía contar con ellas.

Mi humor se animó al girar por la familiar y somnolienta calle lateral que bordeaba el lago Charlevoix. Reduje la velocidad para dejar pasar a un grupo de niñas en bicicleta, su propia pandillita de chicas de verano. Eso era lo que necesitaba recuperar este fin de semana. Una red de apoyo. Un feroz grupo de amigas que afrontarían juntas la próxima década de nuestras vidas. Tardes en el barco pontón bebiendo vino y rememorando. Eso es lo que hacía la gente de mi edad cuando no estaba trabajando en una tesis, ¿no?

Llegué a la dirección y aparqué al final del camino de grava, dejando espacio para más coches. El acogedor bungalow tenía incluso mejor aspecto del que recordaba de haber estado aquí hace tantos años cuando era niña y más tarde adolescente. Supuse que mi madre no me habría orientado mal sobre el alquiler, aunque le dije que no me interesaba escuchar novedades sobre la familia propietaria, una familia que había crecido conociendo.

Las instrucciones del alquiler decían que la llave estaría guardada en una caja codificada a la izquierda de la puerta principal. Introduje el código y la puertecita chasqueó con un sonido de desbloqueo. El interior estaba vacío.

Escaneé en busca de una ventana abierta agrietada o un punto de entrada debilitado.

Al otro lado de la calle, una mujer arrancaba malas hierbas de un jardín silvestre en su paseo delantero. Con suerte, ella no pensaría que yo estaba intentando entrar a la fuerza.

Excepto que estaba intentando entrar a la fuerza.

Al bajar los escalones para inspeccionar el lateral de la casa, de repente se abrió la puerta principal. Un tipo en nada más que una toalla apareció, sosteniendo abierta la puerta mosquitera.

—¡Oh! Um... hola. —Una toalla como ropa, claro. Nada del otro mundo.

El tipo, posiblemente de mi edad, con la piel bronceada de tono aceitunado y el pelo oscuro, tenía mechones de pelo en el pecho a juego bajo una reluciente cadena de oro. —Sí—, dijo con un acento que sonaba más a la costa de Jersey que a un lago de ensenada en Michigan. Debía de estar mirando la toalla porque bajó la vista hacia su cuerpo. —Oh, no estoy desnudo aquí debajo. ¿Ves?— Se quitó la toalla revelando un bañador.

Me reí nerviosamente.

—Sí, claro. Entonces...

—¿Eres la chica de Katie? No esperaba a ninguna chica este fin de semana, pero podrías quedarte. —Me guiñó un ojo.

Ignoré el guiño.

—¿Quién es Katie?

Su ceño se frunció.

—Huh. Si no estás con Katie... ¿Eres tú el… —bajó la voz— ...el entretenimiento?

No tenía palabras.

El tipo deslizó un brazo por la puerta mosquitera, apoyándose en ella para mostrar una axila igualmente peluda.

—Sé que es un fin de semana de despedida de soltero y todo eso, pero ¿Simon? Él es más bien un tipo estrecho, si sabes a lo que me refiero. No estoy seguro de que le guste el entretenimiento personal de la variedad adulta. No es que me oponga o juzgue. Respeto a una mujer que es dueña de su carrera y juro que no objetivaremos su cuerpo más allá de lo razonable y esperado. Bueno, a menos que quieras que lo haga. —Otro guiño.

Me quedé con la boca abierta.

—Quiero decir, puedo hacer malabarismos... —pero no iba a hacer malabarismos-no. Esto tenía que ser un error—. No soy un entretenimiento contratado. He alquilado esta casa para el fin de semana. ¿Llego pronto? ¿Estás haciendo las maletas para irte?

Una miríada de expresiones cruzaron sus facciones mientras cambiaba de marcha.

—Alquilé esta casa. Simon se va a casar. Es el primero de nosotros, así que tuvimos que ir a lo grande y hacer un fin de semana entero. Hicimos un trato con este lugar.

—Eso es imposible. Tengo las fechas aquí mismo. —Me desplacé por mi teléfono para sacar la reserva.

Miré hacia una puerta vacía. Un momento después, el Sr. Bañador regresó, desplegando un trozo de papel.

—No me fío de la conexión aquí arriba, así que lo imprimí. Mira aquí. Reservado hasta el lunes. Mi nombre: Tony D. Morello.

Efectivamente, las fechas y la dirección coincidían.

Le enseñé mi teléfono. Mismas fechas, misma dirección.

—No estoy segura de lo que ha pasado aquí, pero tengo tres... bueno, dos personas más en camino. Necesitamos esta casa.

—Vienen cuatro tipos. Tal vez haya un catre extra en el ático, el listado decía que podían acomodar hasta siete. Tendría que aclararlo con los chicos. Como dije, Simon es un buen tipo, pro si su prometida se entera de esto, tendremos problemas.

Apreté los dedos contra el sordo latido que salía de mi frente.

—No, esto es un error. Verás, conozco a la familia propietaria del alquiler. Mi madre es buena amiga de ellos y yo solía... de todas formas, no me lo habrían alquilado si...

Un estampido casi sónico del estéreo de un coche ahogó mis palabras. Un todoterreno

negro llegó a la entrada. Bajó una ventanilla y la música sonó más fuerte.

—¡Tony! —gritó alguien por encima del ruido.

El tipo de la puerta levantó ambos brazos en el aire.

—¡Simon! El hombre del momento. Ven aquí!

Del todoterreno salieron tres tipos más, trayendo consigo bolsas de lona y neveras y bolsas de plástico de comestibles.

No podía oír mis propios pensamientos por encima de sus saludos y palmadas en la espalda.

Esto era un problema.

A pesar de tener veintisiete años y un doctorado, pedí ayuda a mi madre.

—¡Mamá, el alquiler está doblemente reservado! —casi grité al teléfono. Los gritos pretendían tapar el ruido de la despedida de soltero que se desarrollaba en el jardín delantero detrás de mí.

—¿Ni siquiera recibo un hola? ¿Un gracias por ayudarte a planear tu fin de semana de chicas?

Cabeza. Estrujada.

—No hay fin de semana de chicas si no tenemos un lugar donde quedarnos. ¿Has oído siquiera lo que he dicho? Alguien más ha reservado aquí. Un montón de hombres para la próxima boda de un tipo llamado Simon.

—Cora nunca mencionó a nadie llamado Simon.

Tomé aire.

—Hay dos reservas para la misma casa en el mismo fin de semana. Y por lo que parece, estos tipos se están instalando. —Habían aparecido sillas de jardín y se abría una nevera. La

música a todo volumen seguía sonando.

—Vaya. Algo ha debido salir mal. —Se oyeron ruidos al otro lado—. Cora está fuera de la ciudad estas próximas semanas: ¡ella y Tim están de gira por Irlanda!

Cora, la amiga de la familia propietaria del alquiler, era obviamente un callejón sin salida para resolver mi problema si actualmente hacía de turista en castillos irlandeses.

—Mira, no tengo dónde quedarme y las otras chicas -menos una- vendrán pronto. Reservé esta casa hace meses. Ni siquiera estoy segura de qué otra cosa podemos encontrar a última hora.

—Lo siento mucho... —decía ella, aún con los sonidos arrastrados. —Sabes que Mike está allí, ¿verdad? ¿Quedándose en la otra propiedad que tienen?

El hielo me heló el pecho. No. Absolutamente no.

—Supongo que buscaré un hotel y enviaré un mensaje a los demás.

—Rachel. Está al otro lado del lote, en la casa de al lado. No se puede ver a través de los árboles, pero es el largo camino con el buzón rojo en la calle. Está gestionando la propiedad este verano mientras sus padres viajan. Nunca pueden viajar, ¿sabes?

—No voy a hablar con él. —Yo era una adulta con un doctorado. Podía resolver mis propios problemas. —Siento haberte molestado.

—No es una molestia. Me da pena que tus planes se hayan torcido. Estoy segura de que si se lo hubieras hecho saber a Mike...

—Convenientemente no habías mencionado que estaría aquí, —solté— Mira, lo siento. Estoy estresada. Ya lo resolveré.

—Llámame con una actualización. Lo siento, cariño.

Sabía que se sentía mal. Obviamente no era culpa suya y, además, vivía a varias horas de distancia, al sur del estado. ¿Qué podía hacer?

Tenía que haber una opción de hotel. No sería lo mismo que una casa en el lago, pero haríamos que funcionara. Una vez que Cora regresara de su viaje, resolvería el reembolso de mi alquiler.

El señor bañador se acercó. Uf.

—Vinny, no tengo paciencia para esto…

—Sí, prefiero Tony. Llamarme Vinny sería demasiado estereotipado para alguien de ascendencia italiana. Encantado de conocerte y disculpa las molestias. ¿Quieres un refresco?

La lata fría de algo frío, un clásico de Michigan, era tentadora, pero mi frustración nubló mi capacidad de pensar con claridad.

—No, gracias. Soy Rachel y me voy.

Sin más despedidas llegué a mi coche. Ya segura dentro con el aire caliente y viciado recién adquirido, envié un mensaje de texto a Sam e Iris diciendo que teníamos un contratiempo en nuestros planes, pero que estaba trabajando en el plan B con un hotel.

Mientras abría una página de viajes, me llegó un mensaje.

Sam: ¡Hola chica! Mi vuelo se ha retrasado. ¿Sabías que hay un tornado raro en St. Louis?

Yo: ¿Qué haces en St. Louis?

Sam: Vuelo de conexión desde Texas. Viaje de trabajo, ¿recuerdas?

Sacudí la cabeza, pensando en las últimas semanas. Había estado tan centrada en conseguir mi trabajo de posgrado que los detalles de la vida de mis amigas pasaron a un segundo plano. Y vale, la verdad, un cerebro nublado resultado de mi reciente ruptura con STEM Stu. Dos años junto a Stu y nuestros planes de futuro se esfumaron inmediatamente después de la graduación. Es increíble cómo una ceremonia le dio total claridad sobre una carrera en el extranjero. Con su nueva mentora, una atractiva inmunóloga. Sus habilidades analíticas en citocinas

complementaban sus propios intereses de investigación, que era justo lo que Stu necesitaba en un colaborador.

Qué suerte tuvo. Y más razones por las que necesitaba este fin de semana. Necesitaba amigas de verdad. Apoyo real.

Sam: Parece que lo más pronto que puedo llegar a Detroit es mañana por la mañana. El tiempo está bastante inestable. Una vez que aterrice, pasaré por casa y conduciré hasta allí.

Su retraso al menos me da tiempo para encontrarnos un nuevo lugar. Iris y yo podríamos pasar una noche de hotel y luego quizá encontrar una casa de alquiler de última hora.

Yo: ¡Cuídate! Envíame un mensaje de texto con las novedades.

Mi teléfono zumbó. Iris.

—¡Hola! —contesté—. No te preocupes por mi mensaje. Estoy mirando reservas de hotel ahora.

—Rachel. —Su tono serio hizo que mi corazón se hundiera incluso antes de escuchar sus siguientes palabras—. Ocurrió algo terrible. Mi padre... tuvo un ataque al corazón.

—¿Qué? Lo siento mucho. ¿Está en el hospital?

—Cirugía de emergencia. Acabo de recibir la llamada. He estado aquí sentada, entumecida.

Mis ojos se cerraron. Aparté el ruido exterior, mis pensamientos acelerados, y dejé que las palabras de Iris se asentaran.

—Deberías estar con tu familia , —me encontré diciendo.

—Probablemente pueda ir en coche mañana.

Si mi propio padre se enfrentara a una operación de urgencia, yo estaría allí, a su lado con mi madre y mi hermano Josh, en cuanto saliera de quirófano. Iris estaba increíblemente unida a

su familia. ¿Cómo podía tomar otra decisión?

—Es mejor que te quedes. Además, Kelly canceló y Sam está en tierra en el aeropuerto de St. Louis.

—¡Oh, no! St. Louis tuvo un tornado monstruoso, ¿te enteraste? Los daños son graves allí.

No podía culpar a ninguno de los dos por factores fuera de su control.

—Supongo que tengo que admitir que este fin de semana de chicas no va a suceder.

—Lo reprogramaremos, lo prometo.

La culpa golpeó sus esfuerzos por tranquilizarme, teniendo en cuenta a lo que se enfrentaba con su padre.

—No te preocupes por eso.

—Tenías razón en que necesitábamos esto, —dijo—. Os echo de menos a todas. He estado trabajando demasiado. Apenas he visto a mis padres ni a nadie.

—Ve a estar con tu familia. Hazme saber cómo está tu padre después de la operación.

—¿Rachel?

—¿Sí?

—Gracias por intentarlo.

Me senté de nuevo, sintiendo el calor atrapado del coche encender mi piel. Tal vez todo esto había sido una ilusión. Nuestras vidas habían divergido por caminos tan diferentes que haría falta un milagro para que volviéramos a estar todas en el mismo sitio.

Sonó un golpe en la ventanilla del conductor.

Mi corazón se paralizó. Esperando fuera estaba la persona que no había visto en casi una década entera. Nuestra última vez juntos fue la noche antes de irme a la universidad, creyendo

que empezaría mi primer año con él a mi lado. Hasta que puso fin a nuestra relación y desapareció de mi lado sin decir una palabra más.

Capítulo 2

Mike

No podía creer que fuera realmente ella. Rachel. Después de todos estos años. Aquí, en persona, donde habíamos creado tantos recuerdos.

Parecía... sexy. Como de buen ver, pero también sonrojada por el calor sentada en un coche aparcado con las ventanillas subidas en pleno verano.

La puerta de su coche se abrió de golpe y de repente se plantó justo delante de mí.

—Puedo explicarlo, —le dije.

Ella se rió. Ese tipo de risa en la que no era divertida y sabías que algo absolutamente dañino esperaba a soltarse.

—Qué bien. Puedes explicarlo. —Se cruzó de brazos y me miró fijamente—. Adelante.

Tuve la clara sensación de que no se trataba sólo del alquiler de la casa. Me aclaré la garganta.

—El inquilino de aquí...

—Tony, —cortó ella—. Se llama Tony.

Mierda, esto era malo. Le salía vapor por las orejas.

—Él, eh, me dijo hace un momento que teníamos doble reserva. Lo siento mucho. No tenía ni idea de que estuvieras aquí hasta que te vi en el coche. —Por si acaso ella pensaba que el overbooking era intencionado. No sabía lo que ella pensaría dado cómo habíamos dejado las cosas. —Lo único que se me ocurre es que hubo un fallo cuando cambiamos de software de reservas hace unos meses. Nos dimos de baja de... no importa. El caso es que sólo mostramos un registro para el fin de semana y son estos tipos.

Señalé con el pulgar a los chicos que ahora estaban lanzando una pelota de fútbol en el patio.

Ella me fulminó con la mirada.

—Mi madre es la que me sugirió el alquiler. Al principio le dije que no. Por razones obvias. Pero al final accedí porque, bueno, me gusta este sitio y no he estado aquí desde el instituto y supongo que me entró nostalgia. Gran error.

De ninguna manera le diría que mi propia madre había mencionado algo sobre reservar el alquiler para un fin de semana, pero como no había visto su nombre en la lista de reservas, había supuesto que había decidido no hacerlo. Definitivamente lo habría hecho si hubiera sabido que yo iba a vivir aquí durante el verano.

—Lo siento, —le dije—. Asumo toda la responsabilidad. Mis padres se jubilaron y ahora se dedican a viajar. Quieren vender una de las propiedades, pero necesita muchas reparaciones, así que yo...

—Puedes ahorrarme la explicación, —dijo ella—. Aunque es irónico que tengas una explicación para esto.

Hice una mueca de dolor por la indirecta. Ella tenía razón. Le había hecho daño todos aquellos años. Ahora tenía la oportunidad de arreglar las cosas y también lo había arruinado. O, más bien, la brillante idea del pasado de cambiar de proveedores de reservas cuando les había sugerido la idea a mis padres. ¿Cuáles eran las probabilidades?

—De todos modos, —continuó ella ya que mi propia boca no sabía cómo funcionar—. Supongo que buscaré un hotel para pasar la noche. No, ¿sabes qué? Me quedaré todo el fin de semana. Me lo merezco. —Sacó su teléfono y deslizó por la pantalla—. Haré de este un fin de semana singular para chicas. Luego, si aparece Sam, podemos ser una fiesta de dos.

Sam. Así que tenía novio. No es que debiera haberme sorprendido. El hecho de que me decepcionara en absoluto significaba que tenía que solucionar los problemas entre nosotros de una vez por todas.

Volví a la realidad.

—¿Has dicho que vas a reservar un hotel? No vas a encontrar nada.

Me lanzó una mirada letal.

—Seguro que hay algo disponible. —Otro golpe de culpabilidad me golpeó. De todos los fines de semana para una doble reserva equivocada.

El primer fin de semana festivo del verano traía camiones llenos de turistas. La ciudad los atrajo con música en directo, un desfile, mercados al aire libre... todo.

Personalmente, prefería estar aquí durante las calmas más tranquilas o saltarme por completo los eventos de la ciudad para pasar el rato en el lago.

Se dio la vuelta.

—¿Qué hago si no encuentro dónde quedarme? —El pánico se adueñó de su tono tras lo que parecía ser una infructuosa búsqueda de reservas—. No, puedo arreglarlo. Volveré en coche al sur del estado. O me alojaré en otra ciudad.

Sus hombros se desplomaron. Si todavía vivía cerca de nuestros padres, ya había conducido al menos cuatro horas hoy. Probablemente estaba agotada.

—Tengo tres dormitorios, —aventuré—. Uno no tiene cama en este momento; se está

arrancando el viejo papel pintado y la habitación es un desastre. Pero hay otros dos.

Su cara me comunicó que debía detenerme, tirarme al suelo y morir

—¿Me estás ofreciendo una habitación en tu casa?

—Tiene un baño completamente funcional mientras que el otro está siendo rehabilitado, pero sí. Gran vista al lago. Buen precio. —No se estaba riendo—. El precio sería gratis

—El precio definitivamente no es gratis. ¿Supongo que tú también te alojarás allí?

—Sí, ese es más o menos el trato. Viviré allí mientras hago la rehabilitación.

Se oyeron voces de los chicos en el césped. Se dirigían a la parte trasera de la casa para ver el lago. Lo que nos dejaba solos.

—No puedo quedarme contigo, —dijo ella

—¿No puedes o no quieres?

Era como si su mirada actual desafiara a la última mirada a la que podría ser más mortal.

—Me niego.

Eso le dejó la opción de abandonar la ciudad y buscar un hotel más al sur. Una opción que de repente descubrí que no quería que hiciera.

—Mira, Rachel, estoy en deuda contigo. Y antes de que me digas exactamente por qué te lo debo, quiero que sepas que sé que lo que hice fue injusto. No el error de la reserva, sino... las cosas entre nosotros.

—¿Cosas? ¿A eso llamas marcharte y no hablarme durante una década?

Tío, la estaba cagando.

—¿Qué tal si vemos esto como una especie de rama de olivo? Lo menos que puedo hacer es darte un lugar donde quedarte. Aunque sigas odiándome a muerte. —Probablemente podría

describir su odio a mis tripas en términos detallados y científicos.

Miró más allá de mí, hacia la casa.

—No te odio .

Su voz se acalló con las últimas palabras. Podría estar engañándome a mí mismo, pero me pareció oír un atisbo de esperanza. No lo que dijo, sino cómo lo dijo. ¿Sombras de... arrepentimiento? Tal vez estaba leyendo en ella.

Verla aquí, en este espacio que solía ser nuestro, me trajo un torrente de recuerdos. Ella pertenecía aquí.

—Pronto oscurecerá. —Teníamos unas cuantas horas más, pero me dejé llevar—. Al menos déjame alojarte esta noche. Ayudarte sería una forma de demostrarte cuánto lo siento.

Volvió a mirar su teléfono, deslizando y golpeando la pantalla. Resopló y deslizó el teléfono en su bolsillo trasero.

—Es una idea estúpida.

No pude evitar sonreír.

—¿Quieres dar la vuelta al coche? Te ayudaré con las maletas.

Capítulo 3

Rachel

Aceptar quedarme en casa de Adam fue la cosa más estúpida que había hecho en mucho tiempo. Y eso que una vez había salido con un DJ de cruceros. Incluso los neurocientíficos tenían lapsus de juicio.

Peor aún, salir con ese DJ ni siquiera me había reportado un descuento en un crucero. Habíamos salido cuando él estaba fuera del barco mientras se quedaba a dormir en el sótano de sus padres. Unas semanas más tarde, se había largado de vuelta al Caribe con su alijo de música house y barritas luminosas, dejando tras de sí nada más que un número de teléfono bloqueado.

La adrenalina mezclada con el pavor me recorrió mientras volvía al coche. No sabía qué esperar de mi difunto fin de semana de chicas ahora que mis planes se habían ido al traste por completo. Yo prosperaba con los planes. El plan B o C o incluso D no había incluido seguir a mi ex novio del instituto por un sombreado camino de entrada bordeado de árboles hasta su casa privada del lago. Al menos no me había pedido que llevara las maletas.

Giré el contacto y ocurrió lo más extraño. Lo más extraño fue que no pasó nada.

Lo intenté de nuevo. El tablero se encendió, pero el coche permaneció demasiado silencioso. Debería haber estado haciendo todos esos familiares ruidos de arranque del motor que aparentemente había dado por sentados.

El sudor se acumuló en la parte inferior de mi pelo. Si mi coche no arrancaba, estaría realmente estaría atrapada aquí. No, piensa. Tenía asistencia en carretera. Simplemente llamaría…

Llamaron a mi ventana. Al menos esta vez el shock se había atenuado al ver a mi ex de pie al otro lado.

—¿El coche no arranca? —Sus palabras llegaron amortiguadas a través de la ventana cerrada— ¿Quieres abrir el capó?

Abrí la puerta y salí.

—Mi coche está bien. —Obviamente, no lo estaba—. Puedo arreglarlo yo sola.

—Claro que puedes hacerlo tú sola, —refunfuñó.

Sacudió la cabeza.

—Tengo asistencia en carretera en los contactos de mi teléfono, muchas gracias. Y he cambiado mi propio aceite. —No importaba que el coche siguiera arrancando si necesitaba aceite. Además, se lo había cambiado hacía dos semanas.

—¿Qué tal si arranco la batería y al menos consigo mover tu coche por la otra casa? Los del alquiler querrán este espacio libre.

Tenía razón.

—Bien. Y... gracias.

En no mucho tiempo, Mike movió su camioneta lo suficientemente cerca de mi coche para conectar los cables de arranque y cargar la batería. Probamos la carga, y después de un ligero chisporroteo, el coche arrancó. ¡Todo arreglado! Mañana estaría de camino.

Mike volvió a su camioneta. Unos árboles espesos impedían ver la casa desde la carretera. Le seguí hasta que el estrecho camino se ensanchó frente a un adorable Cape Cod de dos plantas

con revestimiento de madera rústica. El cielo azul se abría detrás de la casa de campo insinuando el lago más allá. Una casa modesta comparada con muchas casas junto al lago aquí arriba.

Mike descargó mis maletas.

—Tu coche hace un ruido raro.

Oh genial, así que lo había oído. Mi música a todo volumen simplemente enmascaraba el sonido dentro del coche.

—Uh, sí. Es algo que empezó hace poco.

—Echaré un vistazo más tarde. —Levantó una mano rápidamente— Si quieres.

Claramente, había captado la indirecta de que podía valerme por mí misma. Pero su ayuda no era inoportuna. Siempre se le habían dado bien las reparaciones y ofrecerse a arreglar cosas para otras personas.

—De acuerdo, —dije finalmente.

Él sonrió satisfecho.

—Sabía que te rendirías.

¡Uf! Justo cuando había tenido pensamientos más agradables sobre él, tuvo que devolvérmelos.

Sin decir nada más, Mike se dirigió al interior, dejando la puerta principal abierta de par en par. Su madre le habría reñido por tratar la casa como un granero dejándola así de abierta. Lástima que ella estuviera en Irlanda.

Dentro de la casa, un pequeño y acogedor salón nos dio la bienvenida. Los botes de pintura y los materiales para pintar estaban apilados en una esquina. Los vapores de la pintura persistían a pesar de las ventanas abiertas.

—Perdón por el olor. —Los músculos de los brazos de Mike se flexionaron mientras subía

mi equipaje por las escaleras.

Siempre había sido un tipo delgado por haber jugado al béisbol. Era uno de esos tipos que corrían por diversión, o al menos lo había hecho en el instituto. Yo sólo corría si me levantaba tarde para ir a clase.

Le di a Mike mucho tiempo de ventaja antes de seguirle. Las escaleras eran de la variedad vieja y chirriante que tapaba el bajo latido de mi corazón. Un segundo, me reprendí por aceptar su oferta de quedarme aquí; al siguiente, razoné conmigo misma que todo iría bien.

Mi mantra. Me había ayudado a superar muchos momentos difíciles. Todo va bien. Si puedo superar esto, puedo superar cualquier cosa.

Había conseguido terminar varios estudios superiores. Había defendido mi tesis. Había sobrevivido a una ruptura devastadora.

No fue hasta que llegué a lo alto de las escaleras cuando me di cuenta de que la ruptura en la que había pensado primero era con Mike, no con Stu. Vaya, la nostalgia era un viaje mental. La habitación a la que Mike me condujo estaba pintada de un suave lila con paredes inclinadas a un lado. Una cama blanca de hierro forjado se alzaba contra la pared opuesta cubierta con una colcha de estampado floral. Una ventana con alcoba ofrecía un banco acolchado bajo ella y daba al lago de un azul resplandeciente.

Debí de jadear porque Mike se unió a mí mirando por la ventana.

—Lo sé, ¿verdad? Es una vista muy buena.

—He echado de menos venir aquí. —Demasiado tarde, me di cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Estábamos a escasos centímetros el uno del otro. La última vez que había visto a Mike, habíamos sido iguales en altura, pero ahora él tenía otros tres o cuatro centímetros sobre mí. Su piel blanca y cremosa siempre se había bronceado uniformemente mientras que mi tez clara

tendía a quemarse. Su piel parecía más curtida por el sol y la vida, con el más fino comienzo de arrugas en los ojos. El aspecto aniñado de su rostro se había vuelto más anguloso, pero tenía los mismos ojos marrones suaves con motas de ámbar. Y unas pestañas exasperantemente perfectas.

Mike dio un paso atrás.

—El baño está abajo. El de aquí arriba está destripado. Estoy esperando a que venga un fontanero la semana que viene y luego lo alicataré. —Al parecer, dándose cuenta de que había dicho demasiado, o de que yo no estaba interesada, se dirigió hacia la puerta.

—Si tienes hambre, tengo comida. Baja cuando estés lista.

Se dirigió hacia las ruidosas escaleras. Sus sonidos desaparecieron hasta que me enfrenté a mi propia tranquilidad.

Me senté en la cama para asimilar mi nueva realidad. Podía sobrevivir en esta habitación a base de bocadillos y comida fresca. Probablemente durante una semana entera, ya que claramente había comprado de más, dado que había planeado pasar el fin de semana largo en una casa llena de amigas. No es que pensara quedarme una semana. No, me iría de aquí mañana.

¿Pero ir adónde? En casa tenía un apartamento que suplicaba una limpieza a fondo después de que mi compañera de piso se mudara. Como si quisiera correr a casa para fregar los zócalos y la suciedad de la bañera. Sin clases. Sin novio. Mi puesto de posdoctorado no empezaba hasta dentro de unas semanas. Se suponía que este fin de semana iba a ser una celebración.

Una punzada de pérdida me golpeó. Sola, sin novio. Sola, sin amigas de la universidad. Sólo yo.

Desde que se me había pasado el shock inicial de que Stu pusiera fin a nuestra relación, extrañamente, no le echaba tanto de menos. Echaba de menos la idea de él. Alguien con quien compartir mi día y que conociera exactamente mis luchas y frustraciones porque las pasábamos juntos. Pero si era sincera conmigo misma, nuestra relación había sido una conveniencia.

Simplemente había tardado más en entenderlo.

Con la escuela terminando por última vez, me sentía un poco perdida. Estaba aquí fuera sin timón y con el ancla rota.

Tanto pensar me dio hambre. Busqué galletas saladas cuando me llegó un olor inconfundible, flotando a través de la ventana abierta. Una parrilla.

Adán. Cómo te atreves. Cómo te atreves absolutamente.

Cerré la ventana y me metí pretzels en la boca. Secos. Punzantes. Duros. Abrí una lata de cerveza de raíz de la nevera. Di un trago y me paseé por la habitación.

Mis glándulas salivales me traicionaron. Estaba indefensa ante el canto de sirena del carbón ahumado. Las tardes de verano en el lago estaban hechas para asar a la parrilla. Mike lo sabía. Me estaba ahumando literalmente.

Bien. Le seguiría la corriente para la cena. Cogí la bolsa de pretzels y mi cerveza de raíz y me deslicé escaleras abajo. Más bien bajé chirriando.

Unas puertas correderas de cristal conducían desde la cocina a una terraza donde salía ligeramente humo de una parrilla. La cubierta cubría la parte trasera de la casa y daba al punto de venta obvio de esta humilde casa: el lago.

Olas de tonos dorados se extendían por el horizonte con vegetación y casas más grandes y señoriales de espaldas al lago. Una sensación de calma intentó colarse entre mi hambre y mi agitación. Entonces vi a Mike.

Ahogué una carcajada. Llevaba un delantal en el que se leía Chillin' and Grillin'.

—Tengo hamburguesas, perritos calientes y perritos vegetales. ¿Preferencia? —preguntó sin levantar la vista.

La realidad de nuestra situación no podía ser suavizada por esta magnífica vista. Después

de todos estos años sin comunicación, ¿asumía que podíamos hacer juntos una comida al aire libre normal? ¿Como si no hubiera pasado nada?

Ahora Mike hizo contacto visual.

—Tengo brochetas de verduras. ¿Te gustan las brochetas de verduras?

Levanté las manos exasperada. La gaseosa cerveza de raíz salpicó mi brazo.

—¿Qué estamos haciendo, Mike? Esto no es el instituto. No estoy de visita con mi familia como en los viejos tiempos. Terminaste nuestra relación, abandonaste la universidad y te fuiste como un fantasma. ¿Y quieres saber si quiero una brocheta de verduras?.

Un único asentimiento fue la única indicación de que reconocía lo que había dicho.

Me bebí el resto de la lata. Miré fijamente a Mike un poco más.

Una leve sonrisa apareció y desapareció casi con la misma rapidez.

—Tienes razón. Te debo una explicación mejor.

—Una explicación… y que sepas que no cuenta que tu madre le cuente cosas a la mía para que me las pase. Nunca lo ha hecho.

Claro que mis padres se habían preocupado cuando había roto conmigo. Yo había quedado devastada y ellos entraron en modo protector inmediato. Naturalmente, todos estábamos confusos por qué Mike había cambiado repentinamente de opinión sobre la universidad. Sólo sabía que había necesitado —tiempo para pensar—. Seguro que fue un cambio de opinión caro para sus padres, que perdieron el depósito de la residencia y cualquier otra cosa que hubieran pagado para entonces. Durante un tiempo, la relación de nuestros padres había sido tensa, aunque con el paso de los años, las madres volvieron a establecer su amistad. Para entonces, me negaba a oír noticias de Mike. Había seguido adelante.

Había intentado seguir adelante. Evidentemente, quedaban rescoldos de nuestra flamígera

relación o no habría estallado hace un minuto.

Levantó un dedo y retiró la tapa de la parrilla para añadir las hamburguesas. El chisporroteo de la parrilla me hizo la boca agua.

—Nunca fui como tú. —Mike volvió a cerrar la tapa—. Siempre te encantó la escuela.

—Tanto que hice una carrera de ello. Sólo he conocido la escuela.

Me evaluó durante un largo momento.

—Estoy orgulloso de ti. Un doctorado, vaya. Mírate, Rachel. O, debería decir, Dra. Rachel.

Su halago no significaba nada. Vale, significó algo.

—Dra. Rachel Levesque. —Contesté sonriendo.

Levantó su botella de cerveza artesanal a modo de brindis. Yo levanté mi lata de cerveza de raíz pegajosa y ambos dimos un trago. Excepto que la mía estaba vacía.

Señaló con la cabeza hacia la nevera. KK

—¿Cerveza? Es local.

Una cerveza me relajaría demasiado. Necesitaba mantener la guardia alta.

—No. Pero tomaré una de esas aguas saborizadas.

Mike abrió la nevera y me entregó una lata de agua con gas aromatizada.

—Gracias. —Así que fue hospitalario. ¿Y qué? Volvamos a lo que importaba—. Que no te guste la universidad no explica lo que hiciste. Te aplicaste para ir a la Universidad de Michigan. Entraste. Nunca dijiste una palabra sobre no querer ir. Hicimos planes y yo... pensé que era lo que querías. —Pensé que nos había querido. Juntos.

Mike miró el lago antes de volver su mirada a la mía.

—Pensé que yo también quería esas cosas. Supuse que mis dudas eran nervios, como que

tenía miedo de dejar atrás el instituto o algo así. Pero no era eso en absoluto. Las dudas se hicieron más fuertes. Tan fuertes que no podía pensar en otra cosa.

Me asaltó una inquietud que no había sentido en años. Necesitaba saber más.

—Nunca me lo dijiste. Te habría apoyado. —El escozor había disminuido con los años, pero el dolor familiar no estaba tan lejos de mi alcance con él de pie frente a mí.

—Rompiste conmigo. No entiendo por qué. Así que, quédate en casa un semestre, o ve a la universidad comunitaria... lo que sea. Podríamos haber seguido juntos.

Su labio se crispó. Parpadeó un par de veces y luego asintió lentamente.

—No sé decirlo de otra manera, pero la ruptura no fue por ti. —Se limpió las manos contra el delantal de asar—. Mi hermano... lo pasó mal en la universidad. Peor de lo que la familia dejaba entrever. No me corresponde contar la historia de Gabe, pero diré que luchó mucho. Al final, consiguió la ayuda que necesitaba. Todo lo que vi en ese momento fue a mi hermano mayor, mi héroe, totalmente destrozado. Me asustó.

Esto era nuevo.

—Lo siento, no lo sabía.

—Nadie lo sabía. En el último año, empecé a sentir esa presión de tener que estar a la altura de lo que mis padres querían. Todo debido al fracaso de Gabe. Aún no sabíamos que estaba sufriendo mentalmente. Aún apenas hablaban de ello. Me dijeron que no dijera nada. A nadie. Supongo que al final se juntó la presión y no pude seguir adelante. Quería mi propia vida, no una versión de la suya.

Volvió a ocuparse de la comida mientras decenas de preguntas se amontonaban en mi mente. Las hamburguesas y los perritos calientes salieron de la parrilla. Sin mediar palabra, cogí un plato de papel que él había puesto en la mesa del patio y monté una hamburguesa y una brocheta de verduras. Él se sentó instantes después de mí con su propio plato.

Di el mayor mordisco posible a la hamburguesa y me concentré en masticar. Me sentía fatal por no saber que Gabe -y su familia- habían tenido que lidiar con tantas cosas. Mi propia madre nunca mencionó nada sobre los problemas de Gabe en la universidad, así que quizá ella tampoco lo había sabido. Mike dijo que apenas hablaban de ello.

Y claramente yo había pasado por alto todas y cada una de las señales. Debería haberme dado cuenta... de algo. Por otra parte, había estado embobada con Mike y obsesionada con mis propias notas y solicitudes de ingreso en la universidad. Todo mientras Mike había estado preocupado y sufriendo su propia agitación interior. No había confiado en mí lo suficiente como para contármelo.

No había confiado en que nuestra relación pudiera superar esas dificultades.

Me había dado sus razones, pero de algún modo me sentí engañada. El dolor aún se sentía demasiado real.

Capítulo 4

Mike

Rachel estaba enfadada mientras comía en silencio su hamburguesa. Al menos, supuse que estaba echando humo. Se concentraba por completo en su comida y no me miraba.

Sabía que mi explicación no podía blanquear el hedor que había causado, pero era la verdad.

Vale, había una parte de verdad. Me sentía un poco mal lanzando a mi hermano y nuestros secretos familiares como tapadera, pero no era una mentira total. Había sido un desastre verle entrar en barrena después de que mis padres le presionaran tanto para que se convirtiera en médico. Sabía que se fijaban en mí para compensar lo que consideraban fracasos, aunque no lo admitieran en voz alta. Sólo que yo nunca había sido el indicado para llenar sus zapatos. No quería tener nada que ver con la universidad ni con una carrera aprobada por mis padres después de eso. Así que opté por salirme, completamente.

Y sí, no fui exactamente honesto cuando le dije a Rachel que nuestra ruptura no era por ella. Claro que era por Rachel. En ese momento, creía que yo era una decepción. Ella se merecía a alguien inteligente como un astrofísico o algo que yo nunca sería. La mayoría de las relaciones de instituto no duraban. Le hice un favor y le evité lo inevitable.

Apenas teníamos dieciocho años. ¿Qué sabíamos del amor verdadero? Probablemente

nada.

Lo único que sabía era que no quería estropearle la vida. En aquel momento, romper parecía lo más lógico. A Rachel le encantaba la lógica. Tarde o temprano, me agradecería que hubiera tomado la dura decisión y podría seguir adelante con sus metas y sueños.

Yo no tenía metas y sueños como Rachel. Ella estaba encantada de lanzarse con todo a la vida de la universidad y a mí no me importaba nada de eso.

Terminó la hamburguesa y las verduras mientras observaba la actividad nocturna en el lago.

—¿Todavía tienes la barca?

La miré.

—¿Te parece una vuelta en la barca?

Sonrió lo suficiente como para quitarle hierro al asunto.

—Me gustaría. —Asegura ella.

Trasladamos las sobras a la casa y cerré. La guié hasta la orilla. Los árboles que separaban nuestra parcela de la de al lado se adelgazaban más cerca del agua, revelando un patio trasero lleno de los tíos del alquiler.

—¡Hola! —Uno de ellos nos saludó—. ¡Estáis justo al lado!

Las mejillas de Rachel se colorearon.

—¡Hola! Sí, me quedo con un... amigo.

—¡Qué conveniente! ¿Quieres un brewski? —Tony levantó una lata.

Rachel resopló.

—¿Quién dice brewski? —me dijo—. No, gracias, —le contestó gritando.

—Está intentando hacerse el gracioso. Está claro que le gustas.

—Pensó que yo era un entretenimiento contratado. —Me dirigió una mirada acerada.

No podía culpar al tipo por estar confundido. ¿Habíamos estropeado la reserva y entonces una fulana como Rachel aparece en su puerta durante un fin de semana de despedida de soltero? Tal vez mi primera suposición no sería una bailarina privada contratada, pero no estaba totalmente descartada.

—Son jóvenes y tontos, —dije, lo que probablemente no era justo, pero tampoco tenía ningún interés en seguir con este tema. Me detuve al borde del agua—. Muy bien, aquí está el barco.

Rachel miró horrorizada la canoa que teníamos delante.

Rachel miró horrorizada la canoa que teníamos delante.

—¿Estás de broma? Esta cosa es vieja y tiene un agujero en el costado.

—Entendido. —Señalé con la cabeza hacia el muelle que había más abajo en la playa, donde estaba anclada nuestra lancha rápida.

Ella me devolvió una mirada aún más acerada.

—Demasiado pronto para bromas, Hoffstetter.

Un estremecimiento de bienvenida me recorrió. Hacía años que no la oía llamarme por mi apellido. Vaya, me resultó familiar en el mejor de los sentidos.

Preparé la barca y le hice una señal para que subiera.

—Echo de menos tener amigos con barco, —musitó—. No es que estemos... quiero decir, le dije a Tony que me quedaba con un amigo. Era la forma más corta de quitármelo de encima. Tú y yo, somos algo... más.

Giré el contacto y me alejé lentamente del muelle. —Tomo nota—. No había conducido

hasta casa. No se había encerrado en su habitación. Estaba aquí, conmigo, así que aún tenía una oportunidad de arreglar las cosas. Si Rachel se iba de aquí sin odiarme más, lo tomaría como una victoria. Entonces por fin podría seguir adelante.

Así que sí, tal vez esto era tanto para mí como para ella. Tal vez más para mí. Pero al verla de nuevo, esos sentimientos que había postergado durante tanto tiempo volvieron a inundarme. Dudaba que pudiera desecharlos de nuevo, todo encajonado y cuadriculado para afrontar otro día.

Miré a Rachel, su pelo rubio ahora liberado de su coleta y flotando detrás de ella. Me gustaba lidiar con ello bastante bien, la verdad.

Rachel podría haberse sentado en la parte trasera del barco, pero en lugar de eso había elegido sentarse en el asiento del copiloto, a mi lado. Arrastró la mano por el lateral y movió los dedos contra el viento. Mi mente volvió a diez años atrás, viéndola hacer exactamente esto cuando habíamos estado en este mismo lago. A Rachel le encantaba navegar por el lago. Quizá incluso más que a mí.

—¿Y cuándo compró tu familia esta segunda casa de campo? —preguntó—. ¿Y por qué la venden? ¿Tus padres no quieren jubilarse aquí?.

—Llevaban unos años vigilando la propiedad. La casa necesitaba obras y los propietarios, que estaban envejeciendo, no tenían ni la capacidad ni el dinero para hacer una rehabilitación en condiciones. Cuando mis padres se ofrecieron a comprarla, decidieron alquilarla a tiempo completo y quedarse en la segunda casa mientras la arreglaban. Pero se vieron abrumados por las reparaciones y como que perdieron el interés.

—Ah, las complejidades de ser propietario de varias casas.

Su tono parecía burlón, pero con un trasfondo punzante.

—Lo sé, lo sé, los infortunios de la gente que posee tres casas diferentes.

—Tu familia siempre fue generosa con lo que tenía. Mis padres nunca habrían podido permitirse alquilar una casa aquí. Podíamos pasar las vacaciones aquí porque tu familia nos dejaba quedarnos con vosotros. Tus padres podrían haber estado ganando dinero con nosotros, o alquilando a otras familias.

Cuando éramos niños, a nuestros padres les encantaba la idea de las vacaciones en familia, ya que tenían hijos de la misma edad. Nuestros hermanos, Gabe y Josh, se llevaban un año de diferencia. Rachel y yo estábamos en el mismo curso pero en colegios diferentes, al otro lado de la ciudad. Los Levesque pasaban un par de fines de semana aquí y allá con nosotros en la casa del lago, lo que se transformó en una semana completa o incluso dos a la vez en años posteriores. Luego, cuando Rachel y yo llegamos a ser algo más que amigos, ella venía al norte sin su familia. Como mi novia.

Y aquí estaba de nuevo, confiando en mí para que la paseara por el lago como solíamos hacer. Todo lo relacionado con el hecho de que estuviéramos aquí juntas tenía el aspecto de los viejos tiempos, pero ahora éramos diferentes. Ya no éramos adolescentes. Habíamos experimentado la vida. Rachel se había doctorado.

Aceleré un poco y me alejé de la orilla. Recordando que me había preguntado por la casa y mi familia, volví a eso. Un tema más seguro.

—Mis padres reservaron una excursión al Gran Cañón el año pasado y les encantó. Se preguntaban por qué no habían viajado a más sitios en lugar de venir aquí cada verano. Así que ahora se dedican a reservar viajes y no tanto a tener dos casas de campo en el lago.

—¿Cómo acabaste aquí arreglándolo?

—Es curioso que lo preguntes. Es lo que hago.

—¿Arreglar las casas de verano desechadas de tus padres?

—Te echaría agua pero no quiero mojarme la mano. —No debía de haberse enterado por la

red de parentesco paterno de lo que me traía entre manos estos días. O quizá estaba siendo educada—. Trabajo en casas. Para ganarme la vida.

—Oh, bueno eso tiene sentido. Tus padres obviamente saltarían sobre el trabajo gratis. Ni siquiera tienen que pagarte. —Se tapó la boca con una mano—. Eso sonó más grosero de lo que pretendía. Sólo quise decir que es un buen trato para ellos.

—Llegamos a un acuerdo, sí.

—Tengo que admitir que nunca me gustaron esos programas de reformas. Mi compañera de piso de primer año estaba obsesionada con ellos cuando vivíamos juntas.

—¿Es una de las amigas que planeaban estar aquí este fin de semana?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, pero no ha funcionado. Todas hemos tomado caminos separados, como suele hacer la gente. Pensé que sería una idea genial volver a juntarnos como en los viejos tiempos.

—Es una gran idea. Siento de nuevo el problema con la reserva.

—La doble reserva acabó siendo la pieza final de unos planes que ya habían salido mal. Todos se cancelaron. —Su expresión se ensombreció, pero volvió la cara—. Algunos tenían buenas razones -una emergencia familiar, un retraso del avión en St. Louis-.

—¿Dónde golpeó el tornado?

—Realmente estoy atrasada con las noticias. —Ella sacudió la cabeza—. Sí, con el tornado. Y la otra amiga, no sé por qué se largó.

—Estoy segura de que tenía una razón—, dije, a pesar de no haber conocido a ninguna de sus amigas de la universidad.

Pero conocía a Rachel. Era leal y se preocupaba por los demás prestando atención a lo que les gustaba y complaciéndolos. Planear este viaje y organizar el evento era parte de cómo ella

demostraba que se preocupaba. Nunca había olvidado cómo había incluido intencionadamente a los demás. Ella era una de las razones por las que había conocido a tantos chicos del pueblo. Nuestros veranos estaban llenos de paseos en bicicleta, partidas épicas de capturar la bandera en cinco patios traseros y noches de hoguera en cualquiera de las doce casas de la calle. Era Rachel siendo Rachel y exigiendo que nos hiciéramos amigos de toda la manzana.

Había intentado volver a conectar con sus amigos y todo estalló. Y luego tuvo que lidiar conmigo.

Ella no se merecía toda esta decepción.

—Es como si todas hubieran seguido adelante después de la graduación y yo hubiera seguido yendo a la escuela, —me dijo—. Vale, eso es literalmente lo que pasó, pero quiero decir que teníamos la intención de seguir en contacto, pero no ocurrió como yo me había imaginado.

—Rara vez ocurre, ¿verdad?

Esperaba encontrar algo de mordacidad en su expresión ante mi comentario, pero sus rasgos se suavizaron.

—Sí, rara vez ocurre.

Capítulo 5

Rachel

Navegar por el lago al atardecer podría estar en mi lista de cosas favoritas en mi vida. Tal vez pudiera forjar mi propio timón después de todo. Esto era nostalgia en el mejor sentido. Conectar con la naturaleza y recordar los buenos tiempos.

Mi compañía en el barco tampoco era tan mala. Mike dejó que la puesta de sol hablara por sí sola e inteligentemente me dejó pasar un rato tranquilo en la parte trasera del barco. Me quedé allí mientras dábamos vueltas de vuelta a la casa.

Me había dado una explicación de lo que pasó entre nosotros, que yo había deseado durante tanto tiempo. Había sido lo bastante testaruda como para no seguirle la pista en busca de la respuesta, e incluso ahora, la oportunidad se presentaba como pura casualidad. Parte de mi enfado con Mike era que no me había buscado para darme una explicación. Era vergonzoso cuánto tiempo me había aferrado a la idea de que aparecería y se daría cuenta de que había cometido un error crucial al romper conmigo.

Durante demasiado tiempo, había soñado despierta con que aparecería en mi casa un viernes por la noche con flores en la mano y se arrastraría de rodillas. Le había imaginado encontrándome entre la multitud en los partidos de fútbol o al azar en el campus mientras caminaba hacia clase. En cada una de mis graduaciones. Había estado allí, un fantasma de

recuerdo, para todo ello.

Si alguna vez hubiera aparecido, le habría soltado un sermón meticulosamente redactado en mi mente. Pero le habría perdonado. Con el paso de los años, esas ensoñaciones se fueron desvaneciendo hasta que ya no me quedaron motivos para conjurar su recuerdo.

Al principio, había estado desesperada por perdonarle. Aunque nunca había estado dispuesta a acudir a él primero. Esa falta de voluntad, más una legión de amigos viejos y nuevos que me instaban a seguir adelante, solidificaron mi resolución. No cedería.

Y no lo había hecho. Hasta ahora.

Debería haberme alegrado de recibir la explicación que había estado deseando todo este tiempo. Pero las cosas se sentían tan irresueltas como siempre. Era como si me hubiera dicho la razón pero no el corazón que había detrás. Puede que creyera que no estaba hecho para una carrera universitaria y profesional tradicional, pero ¿cómo podía haberme dejado marchar realmente? ¿Y tan fácilmente? ¿Sin decir una palabra durante años?

Tenía más preguntas que respuestas.

De camino a la casa, intercambiamos palabras sólo relacionadas con el alojamiento. Las toallas estaban en el armario de la ropa blanca, junto al cuarto de baño del primer piso. Intentaría no hacer ruido de obras hasta por lo menos las nueve de la mañana si quería dormir hasta tarde.

Cerré la puerta de mi pequeña habitación lila y me hundí en la cama de muelles chirriantes. Me recosté sobre la almohada, completamente vestida.

Me enfrentaba a una verdadera encrucijada. Se acabó universidad. Y ahora... ¿qué más? Mis amigas se estaban casando. Algunas ya tenían hijos. Una incluso se acababa de divorciar.

Había deseado tanto conectar con mis amigas de la universidad este fin de semana ya que, a pesar de que yo estaba extrañamente obsesionada con la educación superior, cada una de nosotras se había centrado en su carrera y no había hecho el proverbial —sentar la cabeza—

sobre el que tantas de nuestras familias parecían interrogarnos. Teníamos una ocasional, y animada, cadena de mensajes de texto para desahogarnos sobre esas cosas, y sobre cualquier otra cosa que surgiera. ¿Por qué conformarnos con los mensajes de texto cuando podíamos reunirnos en persona y apoyarnos de verdad?

Ésa había sido al menos la idea.

Ahora, me enfrentaba a una encrucijada diferente quedándome en casa de Mike. No podía soportar albergar este dolor durante otra década.

Salí disparada. ¿En qué estaba pensando quedándome aquí? En su casa. Mike estaba justo ahí. Al otro lado del pasillo. Probablemente se estaba desvistiendo y deslizándose bajo unas sábanas suaves y frescas.

Mi corazón tamborileaba. Había soñado con este chico -este hombre- durante años. Por muy herida que hubiera estado, él era el chico al que nunca podría olvidar del todo. Había pensado que todo había estado en mi cabeza, pero no estaba siendo sincera conmigo misma.

Desde Mike, había cerrado mi corazón a cualquier cosa cercana al amor.

Los chicos con los que había salido desde Mike nunca habían sido muy serios. Stu era más bien una conveniencia. Nuestros horarios encajaban. Era amable, pero no muy interesante. Otros chicos eran divertidos, pero yo había visto nuestras citas como algo más casual.

Qué curioso. Casi como si los hubiera mantenido a distancia.

Vaya. Qué visión tan dura de mi vida de citas ahora que lo pensaba sin rodeos. No era como si hubiera pensado esas cosas en ese momento. ¿Pero también? Tampoco había creído nunca que había amado de verdad a esos tipos.

Los novios iban y venían, sin llegar nunca a ser demasiado serios. El único novio que de verdad había significado algo fue Mike. Y había pasado casi una década desde que lo había visto. Ahora éramos adultos. Mi recuerdo de Mike era simplemente eso: un recuerdo. No tenía ni idea

de quién podía ser Mike.

Y extrañamente, descubrí que sentía curiosidad.

Al ver a Mike hoy, mi corazón se despertó. Y no estaba segura de poder engatusarlo para que volviera a dormirse.



Por mucho que adorara dormir hasta tarde, me encontré inoportunamente completamente despierta a las siete de la mañana. Comprobé mi teléfono en busca de mensajes de Sam: ninguno todavía. Existía la posibilidad de que aún pudiera llegar al norte, y yo podría darle la vuelta a mi fallido fin de semana de viaje de chicas. Al menos me daría una razón para salir de este descabellado arreglo de quedarme en casa de Mike.

Hice una pausa para pensar un poco más en dicha descabellada situación, pero mi cerebro gritó: ¡Café!.

En la cocina, una cafetera se ofrecía servicialmente delante y en el centro de la encimera. Granos de café molidos en la nevera. Un punto para Mike por no estar totalmente perdido.

Vale, no era justo, pero yo no era la mejor persona mañanera. Me habían entrenado para levantarme temprano para ir a clase durante toda la vida, pero disfrutaba de mi tiempo de sueño del fin de semana.

Mientras se preparaba el café, me duché y me preparé con ropas ligeras. Cogí un par de barritas de granola de mi alijo y una botella de agua y me dirigí a la cocina.

Ya que había venido hasta aquí, podía darme una vuelta por la ciudad mientras esperaba la actualización de Sam. Un poco de exploración mantendría mi mente alejada de otras cosas como,

oh ya sabes, el tío bueno que dormía arriba o las amigas que me abandonaron.

—Buenos días—. Mike apareció, descamisado.

Di un respingo y el agua salpicó de la botella abierta a mi camisa limpia. La puerta corredera de mosquitera nos separaba, pero no lo suficiente como para impedirle ver que me había empapado. O al menos me había pringado ligeramente.

Abrió la puerta y entró en la cocina, subiendo la temperatura unos notables grados.

—Veo que has encontrado el café.

Café, sí, café. Me fijé en la cafetera y llené una taza. Cualquier cosa con tal de no pensar en el cuerpo imposiblemente esculpido de Mike. Aún no tenía fuerzas.

Sentí su presencia rondando.

—No esperaba que te levantaras tan temprano, —dijo.

—Yo tampoco. ¿Cuánto tiempo llevas levantado —Me giré lentamente hacia él, preparándome, sólo para descubrir que se había puesto una camiseta blanca. Uf.

—Desde las seis y media o así. Corro antes de que haga calor. La humedad aquí arriba es terrible.

—Sí, lo recuerdo. Sigues corriendo, ¿eh? —Hice una mueca involuntariamente, traté de suavizarla con un interés que parecía agradable y acabé con el ceño fruncido.

Él se rió.

—Mira, conseguimos dos de tres. A ti te concedieron buena apariencia e inteligencia. A mí me tocó la capacidad atlética y todo lo demás es discutible.

—¿Estás diciendo que no soy atlética? Vivía casi en mi bicicleta todos los veranos.

—Tomaste clases de A.P. en lugar de gimnasia en los años junior y senior.

—La gimnasia no era obligatoria en los años junior y senior en mi escuela. —Le saqué la lengua.

Se cruzó de brazos.

—Cuando jugábamos a capturar la bandera, siempre te declarabas el comentarista deportivo y te hacías una pequeña mesa de noticias con una silla de jardín y una mesa plegable mientras los demás corríamos de un lado a otro.

—¿Quién si no iba a dar las jugadas? —Le saludé con mi taza y le di un sorbo a la bebida caliente—. ¿Por qué no te crees listo? Según tu lógica, te llevas dos. —Y no estaba tocando las buenas miradas tan temprano.

—Sabes que eso siempre ha sido lo tuyo.

—No es una competición. —Nunca lo había sido. Todavía no podía creer que hubiera dejado pasar la Universidad de Michigan, ¿y para qué? ¿Para juguetear con la casita de verano desechada de sus padres? Se merecía estar haciendo mucho más con su vida.

Pero sus asuntos no eran asunto mío. Me había dado su respuesta sobre nuestra ruptura. Cuestionar más sólo invitaría al dolor de cabeza de mañana.

Sorbí más café.

—¿Tienes una taza para llevar? Tengo que ver una ciudad. —Se dirigió a un armario pero se detuvo antes de abrir—. ¿Has comido ya? —Levanté las dos barritas de cereales y las metí en el bolso.

Sacudió la cabeza.

—Me refiero a un desayuno de verdad. La cafetería es lo único que encontraremos abierto a esta hora. —Cogió las llaves de un pequeño gancho junto a la puerta.

—Puedo conducir yo misma.

Hizo un chasquido con los dientes.

—En realidad, no puedes. Tu coche no arranca.

—Pero lo arrancamos ayer. ¿Cómo que no arranca?.

Ni siquiera se molestó en parecer avergonzado.

—Lo he vuelto a comprobar esta mañana. Podría ser la batería. Se la cambiaré en cuanto abra una tienda de repuestos.

Cogí mis llaves y salí de casa hacia mi coche. Abrí la puerta de un tirón y giré el contacto. El coche chisporroteó, pero arrancó. ¡Mentiroso!

Sonó un silbido y el motor se acurrucó para echarse una buena siesta. Dejé caer la cabeza contra el reposacabezas.

—Mierda.

Mike se acercó a la puerta del lado del conductor aún abierta.

—Parece que estás atrapada conmigo. —Hizo sonar sus llaves en la otra mano—. ¿Desayunamos?—

Miré fijamente a través del parabrisas delantero. Mi estómago gruñó.

—¿No tienes que hacer como los Hermanos Scott y derribar una pared o algo así?

—No es ese tipo de renovación. Pero estoy esperando unos pedidos especiales. Además, cualquier día empieza mejor con una buena comida. Hay un sitio con unas salchichas de pollo increíbles. Merece totalmente la pena.

Maldije la memoria de Mike: sabía que la comida labraba un camino directo a mi alma. El otro era la estructura de las neuronas, los elegantes brazos en forma de mecha que se extendían desde la grasa entre los cuerpos celulares y guardaban los secretos de la mente. A algunas mujeres les gustaban los zapatos y los bolsos, mientras que a mí me gustaba una comida de

origen local y la microscopía confocal.

Cruzó el ancho camino de entrada y abrió despreocupadamente el lado del pasajero de su descolorida camioneta azul. Pasó un brazo por encima de la puerta haciendo que se le subiera la parte inferior de la camisa. Sus abdominales se burlaban de mí junto con el atractivo de la carne de desayuno a las hierbas.

—Deja que te lleve, Rachel. Te dejaré después en la ciudad. Puedes explorar a gusto.

Mi corazón buscaba en ese momento la satisfacción en una persona en la que no estaba preparada para confiar.

—Bien. —Al menos no tendría que ocuparme del aparcamiento. Ya arreglaría el viaje de vuelta más tarde.

Acabamos en un lugar a las afueras de la ciudad. De aspecto hogareño y un poco desgastado. Mike tenía razón. La salchicha de pollo tenía un sabor increíble. Mermelada de cereza local para el pan crujiente y un huevo pasado por agua sobre unas patatas bastas y yo estaba en el cielo.

Mike se encargó de buscar posibles arreglos para mi coche en su teléfono mientras comíamos. No se lo impedí. Su esfuerzo era bienvenido y podía tirarle un hueso por ello. Si es que me quedaba algo en el plato.

Como había prometido, me llevó de vuelta a la ciudad y me dejó cerca del puerto deportivo. Planeé tomarme mi tiempo para pasear. El día era perfecto, con grandes nubes agrupadas sobre un cielo azul brillante y flores de finales de primavera que daban la bienvenida a los visitantes del centro.

—Te informaré de lo que averigüe sobre tu coche, —me dijo y se despidió con la mano.

Consulté mi teléfono y encontré un mensaje de Iris. Iris: Papá está ahora en el quirófano. Te mandaré un mensaje cuando salga.

Le contesté con mis mejores deseos y me tomé un tiempo para elevar una plegaria por su padre. Envié un mensaje a Sam preguntando por su vuelo y luego recordé mi promesa a mi madre de que le pondría al día.

Yo: Encontré un lugar donde quedarme. Planeo estar aquí todo el fin de semana.

Guardaría los jugosos detalles de dónde me había alojado anoche para más tarde. O nunca.

—¿Dónde deberíamos ir primero?

Me di la vuelta para ver a Mike esperando en la acera. Con las gafas de sol puestas y sosteniendo su propia botella de agua.

—¿Qué pasó con lo de arreglar mi coche? —Hice una mueca de dolor por la forma en que cayó mi pregunta. Se había ofrecido, pero desde luego no estaba obligado—. Quiero decir, estoy segura de que tienes otras cosas que hacer hoy.

—Pensé que un paseo por la orilla del lago ayudaría a quemar el desayuno.

—Ya incineraste las calorías del desayuno con tu carrera de esta mañana.

—Vale, me has pillado. Voy a necesitar ayuda con tu coche. Dejé un mensaje para un tipo que conozco.

—Siempre puedo llamar a mi asistencia en carretera. No tienes que hacer nada.

—Sí, pero ya que querías explorar, y estoy esperando su llamada, pensé que... podríamos pasar el rato.

Parecía tan serio. ¿No había puesto la misma mirada seria conmigo en su día? Me resultaba familiar. Y tentador. Me sentí escéptica al instante.

—Nuestro tiempo en el barco y esta mañana en el desayuno, fue agradable, —continuó—. Pensé que tal vez podríamos recrear nuestra vieja rutina de verano. Hoy. Juntos.

Sus mejillas se tiñeron de rosa y su boca se torció hacia un lado por un instante. Recordé

esa mirada. Solía echarme sus faroles cuando jugábamos a las cartas. Tenía una gran cara de póquer (a diferencia de mí), pero el tic de la boca aparecía cuando decía algo difícil de admitir, o cuando se mostraba... vulnerable.

Debió de ser duro para él verme y desnudar la verdad de por qué me había dejado. Por otra parte, también era lo menos que podía hacer. Yo había aparecido literalmente en su puerta. Diez años enteros después.

—Sí, no sé...

Dio marcha atrás.

—Tienes razón, me estoy excediendo. No pretendía agobiarte. —Se volvió para dirigirse a donde había aparcado.

Mi estúpido y traidor corazón saltó en mi pecho. Probablemente estaba montado en el subidón de esa increíble salchicha del desayuno. O sabía lo que en el fondo aún no quería admitir.

—Espera. ¿Mike?

Se giró con tanta esperanza en los ojos que casi me partió el pecho.

—¿Sí?

—No te vayas.

Capítulo 6

Mike

Sí, me estaba pasando al invitarme a pasar el día con Rachel. En realidad había llamado a un amigo por su coche, pero tal vez ya me había contestado. Después de conducir una manzana, di la vuelta y aparqué mi camioneta. Volví a pie al puerto deportivo y encontré a Rachel donde la había dejado.

Lo consideré una señal, y yo no era un tipo de señales. Señales de tráfico tal vez.

—Tienes agallas, ¿verdad, Hoffstetter? —Rachel me devolvió la mirada mientras aceleraba el paso caminando por el puerto deportivo. Al menos sonreía.

Si tan sólo pudiera armarme de valor para ser realmente sincero con ella. Te merecías algo mejor entonces. Te mereces algo mejor ahora. Pero aquí estaba ella, decepcionada por sus planes de fin de semana arruinados, y yo no tenía más que tiempo. Ella volvería a su vida muy pronto. Lo menos que podía hacer era intentar tener mejores recuerdos de nuestro corto tiempo juntos.

Nos acercamos a los muelles, contemplando la mezcla de lanchas motoras y veleros más grandes. Había dinero de verdad aquí arriba, con algunos de los veraneantes. La riqueza de mis padres era una gota en un cubo comparada con las familias heredadas que poseían mansiones y yates alrededor de los muchos kilómetros de costa.

Hablando de yates, un deslumbrante crucero deportivo se acercó desde el canal conectado con el lago Michigan.

—Estos avergüenzan a mi lancha rápida.

Rachel se sombreó los ojos con la mano.

—La idea de tener un barco suena agotadora. Seguro, mantenimiento, costes de atraque. Una pesadilla total.

—Quizá más sencillo sea mejor.

—Sí. A veces pienso que lo es.

¿Un tipo simple con una vida simple? Tal vez podría competir por la atención de Rachel después de todo. Espera, ¿no había mencionado la posibilidad de que un chico se uniera a ella? ¿Era Sam?

—Entonces, ¿cuál es la idea que has tenido de recrear nuestro verano? —preguntó.

No había mucho plan, así que tuve que pensar rápido. Lo primero y más obvio me vino a la mente.

—¿Cuándo fue la última vez que montaste en bici?

—¿A propósito? Probablemente hace cinco años.

—¿Y accidentalmente?

—Cuando Kelly me llevó a una clase de spinning mientras estaba de visita. Me dolió el trasero durante días.

—No puedo prometerte que el asiento no te haga doler, pero si quieres un trozo de los viejos tiempos, hay una tienda de bicicletas con alquileres a una manzana de aquí.

Lo vi al instante: la chispa en sus ojos.

—Montar en bicicleta podría ser divertido.

—Podemos cubrir más terreno. Ver más de la zona.

Estuvo de acuerdo, así que la guié hasta la tienda. Resultó que la tienda aún no estaba abierta. Pero no había perdido la esperanza.

—Hola, Tom, —llamé a una cara conocida que se apeaba de una bicicleta rápida.

El larguirucho latino vestido de ciclista se quitó el casco.

—Mike, ¿qué tal?

¿Cómo estás?

—Bien. Estoy recorriendo la ciudad con una... amiga. —Le lancé una mirada a Rachel, que de momento pareció aceptar la etiqueta.

—¿Buscas una bici de alquiler? —preguntó Tom.

—Sé que llegamos pronto. Estábamos dando una vuelta cuando se me ocurrió.

Tom asintió para que le siguiéramos.

—Venid por detrás y nos ocupamos de ello. Acabo de volver de mi paseo matutino.

Rachel me dio un codazo.

—Ooh, eres tan popular.

Puse los ojos en blanco pero secretamente me encantó su pinchazo.

—Conocí a Tom y a sus amigos de la bici en un pub durante una noche de música en directo. La gente de nuestra edad aquí arriba es un hallazgo raro.

—¿Son sobre todo chicos y gente mayor?

—Ya lo creo. Familias, jubilados, gente de todas las edades, pero no es exactamente un destino de primera para las vacaciones de primavera de los universitarios o las despedidas de

soltero. Es una de las razones por las que estaba entusiasmado con nuestro alquiler de esta semana.

—¿Porque querías pasar el rato con Tony y beber brewskis?

—No, eres tú quien quiere beber brewskis.

Nos detuvimos en la puerta para ver a Tom mirando entre nosotros y sonriendo.

—¿Sois amigos desde hace mucho tiempo?

A Rachel se le nubló la cara.

—Algo así.

En un instante, tuvo que recordarse a sí misma que yo no le gustaba. Me pregunté, sin embargo, si tal vez ella estaba luchando con la parte de no gustarle yo. Un hombre puede soñar.

Fuera lo que fuera con lo que estaba lidiando internamente, debió de dejarlo a un lado, porque se comportó amistosamente con Tom mientras mirábamos las opciones de bicicletas.

Saqué la cartera para pagar y Tom me hizo un gesto con la mano.

—El alquiler de bicicletas corre por cuenta de la casa. Nos has estado enviando a tus huéspedes de alquiler. Les preguntamos cómo han oído hablar de nosotros en el acuerdo y vi que el nombre de tu familia salió unas cuantas veces. Gracias.

Es bueno saber que los huéspedes estaban aprovechando la carpeta de actividades locales y las tarjetas de recomendación que dejamos en la casa de alquiler.

—Estupendo. Me alegra oírlo.

—¿Cómo va el proyecto al sur del estado? —preguntó.

—Estupendo. Justo a tiempo. Muchas gracias por ponernos al día. —Tom asintió como despedida y se dirigió al almacén.

Caminamos con nuestras bicicletas por la parte de atrás hasta la calle lateral. Rachel se subió a su bicicleta y empezó a pedalear despacio.

—No te burles de mí sí me tambaleo. El último paseo fue en una bicicleta estática de spinning.

—Estás siendo modesta. Apuesto a que recuerdas todas nuestras viejas rutas en bicicleta.

Ella no contestó de inmediato, mirando a mi lado, perdida en recuerdos o simplemente disfrutando de la vista de la ciudad despertando para el día.

—Si quieres, te indicaré el camino —El lago Charlevoix bordeaba la ciudad por un lado y luego el lago Round, junto al puerto deportivo, conectaba con un canal que desembocaba en el lago Michigan. Una calle en particular conducía por una empinada cuesta que ofrecía increíbles vistas del agua y de la playa pública—. Nos quedaremos en este extremo del puente. Venga, vayamos por aquí.

Atravesamos calles residenciales donde las jardineras rebosaban de flores y las sillas de los porches delanteros estaban ocupadas, no eran simple decoración. El pueblo era francamente encantador y lo sabía.

—¡Ooh, las casas de las setas! —Rachel aminoró la marcha cuando nos acercamos a una de las famosas casas de tejado de paja y mampostería por las que era conocida Charlevoix—. Solía imaginar que allí vivían elfos. Bueno, elfos de tamaño humano. Tenían portales en sus jardines para viajar de un lado a otro entre aquí y su tierra de elfos. —Me miró fijamente—. Y sí, ya sé que era demasiado mayor para creer realmente en elfos mágicos cuando empecé a venir aquí.

Las caprichosas casas se parecían a como yo imaginaba las casitas de fantasía.

—Earl Young dijo una vez que las piedras tienen personalidad propia.

—¿Ese es el nombre del constructor?

Asentí.

—Era autodidacta. Aunque el pueblo le apreció desde el principio, su trabajo tardó mucho tiempo en obtener un reconocimiento más amplio.

Rachel me miró con curiosidad.

—No recuerdo nada de eso.

No me había dado cuenta de lo mucho que me había inspirado el constructor hasta que empecé a arreglar casas. Ya era bastante difícil sustituir los azulejos y la carpintería en casas construidas con ángulos rectos. Estas casas tenían formas extrañas y eran lo más alejado de los moldes de galletas.

Continuamos pasando más casas de fantasía que salpicaban el barrio. Las colinas no eran ninguna broma y me quitaron algo de aire.

Sólo había estado haciendo carreras bastante cortas, así que el reto de las cuestas en bicicleta me recordó que ya no era un niño que iba a toda velocidad por la ciudad.

—¿Estás bien? —volví a llamar después de la última subida.

Rachel llegó hasta donde me había detenido y puso un pie en el suelo.

—Sólo resoplando un poco. —Se abanicó la cara—. ¿Recuerdas cuando montábamos todo el día? Nunca podría estar fuera tantas horas seguidas en casa, pero aquí arriba, mientras correteara contigo o con los niños vecinos, era como si nuestros padres no hicieran caso de los toques de queda.

—Me había olvidado de esos viajes anteriores. Cuando estábamos en el instituto, recuerdo que mis padres querían que tomara clases de ampliación y practicara para los exámenes SAT.

La comprensión cruzó su rostro.

—Te burlabas de mí por llevarme al norte mi libro de preparación para el SAT.

—Claro que lo hice. Pero a mis padres les encantó. Siempre les has encantado.

Parecía que quería decir algo más, pero prefirió no hacerlo. Mis padres adoraban a Rachel. Ella era todo lo que habían querido para mí, incluso antes de que se hubiera convertido en una coleccionista de títulos impresionantes. Cuando había terminado las cosas con Rachel, la segunda oleada de culpa vino de mi propia familia. Pensaban que era un idiota por dejarla marchar.

Y lo había sido. Obviamente.

—¿Estás bien?, —me preguntó—. ¿O necesitas una siesta en la carretera?

Una siesta sonaba genial. En el lago, en la parte trasera de mi bote, con Rachel acurrucada a mi lado.

—Estoy bien.

Su cara se iluminó de nuevo.

—Bien. Porque estoy a punto de hacer estallar esta barra de granola para un impulso de carbohidratos y luego estoy listo para ir. —Ella desenvolvió la barra de granola—. ¿Quieres la otra?

La cogí y me la engullí.

Rachel parecía feliz. Sonrojada, con energía y contenta.

—¡Ooh! ¿Sabes dónde deberíamos ir? Ala biblioteca.

Tacha eso. Ahora sí que estaba llena de energía.

—Tu segundo hogar.

—Encaja con nuestro tema de vivir nuestros viejos días de verano. Me encantaba ir allí. ¿Por dónde es? —Entrecerró los ojos en la distancia—. No puedo creer que lo olvidara.

Probablemente me estaba tomando el pelo, como si alguna vez fuera a olvidar su lugar

favorito aparte del lago.

—Sígueme.

Nos dirigimos al interior de la biblioteca, donde Rachel me llevó directamente a la sección infantil para recordar. Arrastró los dedos por las gastadas estanterías, sacando libros que recordaba y otros más nuevos que le interesaban. Se le iluminaba la cara cuando descubría un cuento que le resultaba familiar. No pude evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Has leído esto, ¿verdad?. —Levantó un libro de aspecto postapocalíptico con las ruinas de una ciudad en la portada.

Me rasqué la nuca.

—Quizá con un cómic escondido entre las páginas.

Me dio un ligero empujón.

—Tú lees libros. Soy testigo de ello. Además, los cómics también cuentan como lectura.

Yo había leído más cómics que novelas cuando éramos niños, pero ella nunca me hizo sentir menos por ello. A Rachel le gustaba tanto leer que leía cualquier cosa. Sacaba sus propios cómics de la biblioteca junto con una pila de libros que iban desde ficción hasta textos científicos.

Pasamos a la zona de no ficción, donde Rachel comentaba qué libros populares del expositor de la biblioteca eran ciencia basura glorificada.

—Uf, y este tipo. —Levantó un libro de tapa dura y lo giró para que el lomo quedara frente a mí. La foto del autor, un tipo tipo zorro plateado con gafas de montura oscura y un honesto jersey negro de cuello alto, me devolvió la mirada—. Visitó mi programa de posgrado para dar una serie de conferencias. No pudo evitar un escándalo con una asistente de investigación.

—¡Caramba!

—Es tan predecible. Quiero decir, —Me miró exasperada—. Es propio de muchos hombres tener aventuras con chicas jóvenes aunque ellos estén casados. Este tipo incluso la dejó embarazada.

—¿Así que el asistente de investigación tuvo un bebé?

Ella asintió. —Se llama Tamara y sí, lo tuvo. El Dr. Baby Daddy negó cualquier responsabilidad. Los rumores fueron despiadados y sus compañeros de universidad le perdieron el respeto. La llamaron cazafortunas y mentirosa. Toda la situación fue repugnante. El mundo académico no es para los débiles.

—Eso suena terrible. Entonces, ¿qué haces ahora que te has graduado?

—Acepté un trabajo en el mundo académico. —Un trasfondo sombrío envolvió su risa—. Estoy esperando a firmar el contrato final. Es casi un trato hecho.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Es un posdoctorado, es decir, investigación posdoctoral. Voy a trabajar a las órdenes de una investigadora increíble por la que siento un gran respeto. En la U de M, así que ni siquiera necesito trasladarme. Algunos de mis compañeros de posgrado van a trabajar en el sector privado. Intentaron empujarme por ese camino, pero esos empleos pueden tardar meses o años en resultar. La investigación en la universidad encaja para mí. Y, bueno, quizá sea presuntuoso, pero quiero hacer un cambio duradero allí. Tamara-reunió el apoyo de los estudiantes y protestamos contra una segunda aparición del Dr. Baby Daddy. La escuela realmente nos escuchó. En lugar de él, trajimos a una neurocientífica cuya investigación lucha por la inclusión de los grupos infrarrepresentados. Y recaudamos fondos para que ella pudiera añadir más fechas de charlas en los institutos públicos locales.

—Vaya, eso es increíble.

—Sinceramente, Tamara lideró la iniciativa. Es tan impulsiva. Me inspiró a mirar más allá

de mí misma y de mis propias experiencias. La escuela es fácil para mí, pero no lo es tanto para todo el mundo. —Me miró—. Ahora lo entiendo mejor.

El peso de sus palabras se hundió en mí.

—Tuve todas las oportunidades, sólo que no quise. A veces me siento mal por ello. —Más bien una culpa masiva, pero eso había disminuido con el tiempo.

—Tenías que seguir tu propia dirección. Respeto eso. Mucho.

Lo dijo tan fácilmente. Y yo la creí. Lo bueno de estar cerca de Rachel otra vez, era lo natural que se sentía hablar de estos temas más importantes.

—De todos modos, empecé una pequeña cosa de tutoría con la escuela de posgrado y los institutos, centrada en la ciencia, obviamente. Me alegro de poder seguir haciéndolo, ya que me quedaré en la universidad.

—¿Una cosita de tutoría? Parece que no te estás dando suficiente crédito.

Se sonrojó. Un rubor genuino de Rachel.

No pude evitar sonreír.

—Has logrado tanto. No me sorprende, pero oírlo explicado... vaya.

Volvió a empujar el libro del autor asqueroso a la estantería.

—Los hombres mujeriegos y zancadillas al poder abundan en mi sector, por eso estoy encantada de que mi trabajo de posdoctorado esté a cargo de una mujer. No debería ser una excepción ser mujer en mi campo, que se está haciendo más diverso, poco a poco, pero algunos días es duro. Un poco de mi alegría se desvaneció al ver lo que le pasó a Tamara. Me hizo pensar lo cerca que podría estar de que arruinaran mi reputación. ¿Qué es esto, la Inglaterra de la Regencia?.

Debí quedarme mirándola como un ciervo asombrado porque me dio un manotazo.

—Ya sabes, como Jean Austen. Donde los representantes de las mujeres eran destrozadas porque llevaban el vestido equivocado y caminaban por el lado rebelde de un parque.

Sacudí la cabeza. Odiaba que la carrera de alguien pudiera verse manchada por sus elecciones sentimentales. Por otra parte, así era Rachel. Cuando tenía un plan, no dejaba que nadie la detuviera.

Cuando estábamos juntas, su empuje para triunfar me intimidaba. Yo no tenía mi propio plan establecido. ¿Ahora? Sólo sentía orgullo. Por ella y por donde yo también había llegado. Tenía un negocio. Tenía un plan financiero e incluso sabía un par de cosas sobre invertir en bolsa. Mi plan de vida más allá de mi negocio era nebuloso. Quizá casarme algún día. Tener hijos si eso era lo que mi pareja también quería.

Ver a Rachel me trajo un anhelo que no había sentido en años. Quizá nunca. Había querido estar con ella entonces, pero no había creído merecerlo.

No era el mismo tipo que en el instituto. Ni de cerca. ¿Y Rachel? Por mucho que pareciera exactamente la misma, estaba seguro de que ella también había cambiado.

—Lo siento, no quería ponerme tan seria, —dijo—. Es refrescante estar en un lugar donde no estoy rodeada de profesores entrometidos. ¿Crees que los alumnos de secundaria están obsesionados con los cotilleos? Prueba con los profesores universitarios. Les encanta. Por suerte, mi vida social es tan inexistente que eludo sus intereses por completo.

Me la quedé mirando. Ondas rubias desenfadadas, grandes y bonitos ojos color avellana, y una nariz perfectamente colocada en su cara. No muchos chicos admitirían que les gustaban las narices. La suya parecía dibujada, era tan perfecta. Y para ser tan inteligente, nunca me levantó la nariz. Cualquier inferioridad que hubiera sentido siempre había sido por mis propias inseguridades.

Ella era Rachel, pero madura. Asentada en su piel. De repente, quise saberlo todo sobre ella.

Se pasó una mano por el pelo y se retorció las puntas.

—¿Qué? Me estás mirando raro.

—Lo siento. —Intenté espabilarme, pero la había estado mirando a hurtadillas desde que había aparecido en nuestra propiedad. Sería un tonto si no lo hiciera.

—Echemos un vistazo a la sección de venta de libros. —Tiró de mi brazo mientras cruzábamos la biblioteca.

Rebusqué entre libros de arquitectura y viajes. Encontré un libro de bolsillo desgastado sobre casas pedidas por correo de principios del siglo XX. Casas pedidas directamente por catálogo.

Después de buscar entre estanterías de libros de segunda mano, ella levantó su pila.

—¿Demasiados?

Tenía al menos doce libros.

—No es por desanimar tu lectura, pero esas bicicletas de alquiler no tienen maletero.

—Cogeremos una bolsa y los dejaremos en tu camión. Mira: este ejemplar de The Bluest Eye está prácticamente nuevo. Lo leí en primer año de inglés en la universidad y he estado deseando volver a leerlo. Por fin puedo volver a leer por diversión.

Miró el único libro que había elegido.

—Realmente te estás inclinando por el tema de las casas. ¿Te gustan las casas históricas? Nunca lo habría adivinado.

Me encogí de hombros.

—Las casas tienen historias que contar. Cuando entras en ellas, ves sus huesos. Su alma.

Rachel me miró boquiabierta. Sentí que mi cara se enrojecía y tosí. Cogí el libro más cercano que encontré. Un thriller de hace una década sobre un ex SEAL de la Marina que dirigía

misiones de operaciones encubiertas para acabar con los malos, o algo así. Parecía entretenido.

—Mike. —Rachel dijo mi nombre casi como un secreto—. Me gusta esta nueva faceta tuya. Puedo verte totalmente restaurando casas históricas. Apuesto a que serías fantástico en ello. —Sonrió—. Me alegro de que cada uno hayamos elegido algo para leer. Recuerda, era nuestra regla de verano. No podíamos irnos de aquí con las manos vacías.

Como si pudiera olvidarlo.

Pagamos nuestros libros en la recepción. Deslicé un billete de veinte a la bibliotecaria para su fondo y luego empaqueté todos los libros juntos. Fuera, en las bicicletas, enrollé la correa de la bolsa sobre el manillar. Pedaleamos más despacio mientras nos dirigíamos a mi camioneta. Dejamos los libros y aparcamos las bicicletas en un portaequipajes antes de recorrer el resto del camino a pie hasta el centro de la ciudad.

Los turistas pululaban por las calles durante el ajetreado fin de semana al que se habían añadido camiones de comida y carpas de vendedores para dar el pistoletazo de salida al verano. La gente abarrotaba las zonas de césped que bordean el puerto deportivo, sentada en mantas y sillas de camping al aire libre mientras pasaban los barcos.

Rachel charlaba de cosas académicas mientras visitábamos las tiendas. Paramos a tomar un helado; teníamos que hacerlo, estaba en las normas. Había sido un requisito diario durante nuestros veranos aquí.

Estar con Rachel me hizo sentir como si tuviera diecisiete años otra vez. Vale, quizá sólo por un instante. Nada en mí se sentía igual que entonces. Toda una persona nueva se había formado encima de aquella inmadura de diecisiete años.

Rachel tenía diez años de historias que yo aún no había oído. Aunque no tenía ninguna experiencia en el mundo actual de Rachel, me sentía parte de él, aunque fuera temporalmente, escuchándola compartir su vida conmigo. Ella me estaba dejando entrar.

—El centro está demasiado concurrido, —dijo después de que termináramos nuestro circuito—. ¿Quieres volver a salir con las bicis?.

—Siempre te gustó explorar. ¿Recuerdas cuando encontramos aquella cueva?

Se le iluminaron los ojos.

—¿Y te convencí de que los grafitis descoloridos eran antiguos dibujos rupestres?

—Sí, nunca te creí. Sólo quería que pensaras que sí.

—Da igual. Me encantaban esas pequeñas aventuras. Pasar todo el día en nuestras bicicletas y luego volver a casa para comer todo lo que estuviera a la vista y leer junto al lago.

Cuando oscurecía demasiado, sacaba una linterna de pilas y seguía leyendo.

—Buenos momentos. Y buena compañía.

Esperaba no estar exagerando demasiado. Rachel me sonrió. Ni rastro de una sonrisa sarcástica.

—Sí, buena compañía, —dijo.

Mientras volvíamos a nuestras bicicletas para otra ronda de exploración, me di cuenta. No bastaba con hacer las paces con Rachel y enviarla de nuevo a su vida. Quería a Rachel en mi vida de nuevo. De algún modo, de alguna manera.

Y por aterrador que me pareciera ese pensamiento, me permití pensarlo. Quería volver a ganarme su confianza.

Capítulo 7

Rachel

Ok, el asiento de la bici probablemente estaba magullando mis delicadas regiones a estas alturas y los músculos de mis piernas demostraban su propio desafío con calambres, así que era hora de devolver las bicicletas. Habíamos recorrido casi todas las calles de la ciudad, incluido el puente del centro. Sin límites de tiempo, sin horario. Sólo bicicletas y aire fresco. Fue glorioso.

Devolvimos las bicicletas en la tienda. Comprobé mi teléfono: una llamada perdida de Sam. Había llamado hacía unos minutos.

Le devolví la llamada.

—¿Sam? Hola, soy yo. —Pasé junto a Mike que charlaba con su amigo de la tienda de bicicletas.

—¡Hola! —respondió—. Ya he vuelto. Agotada, pero llegué a casa. ¿Nos encontraste un lugar después del snafu de la casa de alquiler?

—Bueno, sobre eso. Encontré un lugar, pero no es exactamente la mejor opción para pasar el fin de semana. —Bajé la voz, poniendo distancia entre Mike y yo—. En realidad me estoy quedando en la otra propiedad del dueño, al lado. ¿Recuerdas que mencioné que mi familia los

conoce?

—¿Así que te quedas con los dueños? Qué amable por su parte. Lo entiendo, probablemente no quieren toda una fiesta en su casa, ¿verdad?

Mentiras por omisión.

—Es sólo su hijo, en realidad. Quien está allí ahora. Hay una habitación de invitados, obviamente. La casa está siendo arreglada. Y... cosas.

—Suenas rara, —dijo Sam. Las palabras y la picardía no eran lo suyo—. ¿Qué pasa con este tipo? ¿Lo conoces o algo así? Oh, espera. ¿Es... no era tu ex-novio...?

—Algo así, —corté rápidamente. Sentí la presencia de Mike detrás de mí. Al girarme, efectivamente, estaba allí mismo—. Es... interesante.

Sam continuó.

—¿Me estás diciendo que te estás quedando con tu ex novio? ¿El del instituto que nunca superaste?

—¡Eh! No es verdad. —Vale, válido. Me conocía desde el primer día del primer año, cuando nos conocimos cara a cara como compañeras de habitación asignadas. Me había visto en esos primeros días post ruptura en mis momentos más bajos, suspirando patéticamente—. En fin. Así que, sobre venir aquí...

—No te preocupes. Te escucho alto y claro. Tienes trabajo que hacer.

—Bueno, no exactamente...

—Puedo oírlo en tu voz, Rachel. Puede que aún no lo admitas, pero hay asuntos sin resolver que es hora de dejar atrás. Dame detalles más tarde. —Puntuó su petición con una risa malvada.

—No te rías. No es lo que piensas, —dije entre dientes—. Claro que sí.

Mike se había alejado unos pasos para darme intimidad, pero yo seguía sin poder sincerarme sobre la situación. Es decir, no podía admitir exactamente que no odiaba estar aquí con él. O que había estado estúpidamente mareada porque habíamos pasado el día juntos. Que Sam subiera no tendría sentido en este momento. Cualquier hotel que encontráramos estaría fuera de la ciudad, y el ambiente de un fin de semana de chicas había cambiado por completo.

Y quizá eso me parecía bien.

—Intentaremos este viaje de nuevo, —le dije—. Esto es importante. Te echo de menos—.

—Aw, Rachel. Yo también te echo mucho de menos. Además, me muero por ver a Kelly en persona otra vez. No puedo soportar otra llamada virtual con ella.

—Me aseguraré de que nos reconectemos pronto. —Mi misión personal—. Verifica con Iris. Su padre está en cirugía—. La puse al corriente, nos despedimos y terminé la llamada.

Me volví hacia Mike.

—Hola. Tenía que atar un cabo suelto.

Miró a mi lado, con el ceño levemente fruncido.

—¿Así que era Sam?

Rebobiné la conversación y recordé que había dicho el nombre de Sam al pasar junto a Mike en la tienda de bicicletas. Y puede que hubiera mencionado a Sam antes.

—Sí.

Raspó el borde de la suela de su zapato contra la acera.

—¿Es como... un novio?

Se encendió una chispa traviesa. Esto era demasiado bueno.

—Sí, tenía intención de venir el fin de semana, pero no va a poder ser. Tiene una entrevista con ESPN.

La mandíbula de Mike se desencajó.

—¿De deportes?

—De fútbol. Profesional. Le conocí en la U de M.

Sus mejillas se sonrojaron. Le vi recuperar la compostura en segundos, cambiando su ceño fruncido por una expresión neutra nada creíble. Me recorrió un estremecimiento. Mike estaba celoso.

Y me encantó.

Sólo por un segundo, quise aferrarme a esto. ¿Cruel? Un poco. ¿Infantil? Absolutamente. No le gustaba la idea de que yo tuviera novio. Pero si dejaba su ego a un lado y lo pensaba con lógica, yo había pasado todo el día con él y ni una sola vez había mencionado un novio. De hecho, había admitido que tenía cero vida social como para que el personal de la universidad se pusiera quisquilloso. Además, había planeado un fin de semana de chicas. Esa era como la regla número uno de un fin de semana de chicas. No se admitían chicos. A menos que tuviéramos algún acuerdo honorífico o que el grupo de amigas fuera de cualquier sexo, pero daba igual. No era el caso.

Le había dejado retorcerse lo suficiente.

—Sam es una mujer.

Su ceño se frunció mientras su postura se relajaba unas moléculas.

—¿Sam? ¿Es una mujer?

—Sí.

Ladeó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—¿El novio futbolista?

—No existe.

—No... existe.

—No. No podía desperdiciar una oportunidad de oro.

Caminó en círculo, dándome la espalda, en parte riéndose y en parte avergonzado, seguro. Me sentí un poco mal.

Hizo sonar sus llaves.

—Podría dejarte aquí, ¿sabes?. —Una luz bailó en sus ojos.

—Soy ingeniosa. Encontraría el camino de vuelta.

—Te dejaré fuera de la casa.

—No lo harás.

Sus mejillas se colorearon más. ¡Ja! Sabía que no lo haría. Me quería aquí.

La realización me golpeó en el pecho. Mike sí me quería aquí. Había sido muy complaciente en casi todo momento desde que nos habíamos reunido. O lo que fuera esto. Me había dicho a mí misma que su amabilidad era su forma de disculparse, de asegurarse de que me divertía lo suficiente para que mis vacaciones no fueran un fracaso total.

Pero quizá era algo más. Estaba actuando un poco demasiado tímido, un poco demasiado inseguro.

A partes iguales, tenía ganas de salir corriendo y de abrazarle. Salir corriendo sería una tontería: acabaría en su puerta de todos modos para recoger mis cosas. Los abrazos me llevarían a cosas que no estaba dispuesta a admitir que quería.

Porque yo quería abrazos. Y tal vez más que abrazos.

—Oye. —Giré mi brazo hacia él, en un intento de contacto amplio, dándole mucho espacio —. Perdona si me he pasado.

Se rió suavemente, aparentemente recuperado.

—No, me has pillado bien. Por una vez.

—Oh, dame un respiro. Te he pillado montones de veces. ¿Recuerdas cuando te dije que Hulk y los Teleñecos iban a hacer una película juntos? Me creíste totalmente.

—Bueno, sí. Es creíble. Por qué los Teleñecos no se han asociado con Marvel para un éxito de taquilla veraniego es una tragedia.

Solté una risita. Echaba de menos esto. Por un momento fugaz, fue como si no hubiera pasado el tiempo. Aunque ambos lo sabíamos, el tiempo nos había cambiado.

El pensamiento me daba vueltas en la cabeza. Cada uno habíamos cambiado por nuestra cuenta. ¿Qué significaban nuestros cambios para nosotros? ¿Juntos? Sam dio en el clavo. Tenía trabajo que hacer aquí. Pero a diferencia de la carrera académica que había planeado cada centímetro durante la última década, no podía precisar a qué meta aspiraba con Mike. Esto era territorio inexplorado.

Capítulo 8

Mike

Gracias a Dios que no tenía novio. Nunca me había sentido tan aliviado por nada desde la vez que convencí a mis padres de que retiraran su regalo de Navidad de entradas para la producción teatral musical más popular del año. En su lugar, cogí una tarjeta regalo de una tienda de mejoras para el hogar. A algunas personas les encanta el teatro musical. Yo no era una de ellas.

Mientras caminaba prácticamente sobre el agua del propio lago después de pasar el día con Rachel, me sentí un poco mal por desviar su atención.

—Si quieres volver y arreglar la situación de tu coche, podríamos hacerlo.

Ella agitó una mano en el aire. —Hoy es un lavado, el coche puede esperar. —Frenó cuando su mirada se posó en los camiones de comida que teníamos delante—. ¿Ahí pone tacos al pastor? Me encanta un buen taco de cerdo.

Fiel a lo que sabía de Rachel, su atención se centró en la vista de la tentadora comida. Probablemente había planeado su viaje con la intención de pasar este tiempo con sus amigas de la universidad. Todas mujeres, y estaba feliz por ello.

Vaya, qué ego más estúpido. Sólo porque no tuviera novio no significaba que estuviera

dispuesta a una segunda oportunidad con...nosotros.

Rachel me agarró del brazo.

—¿Taco o burrito? Antes te gustaban los burritos, pero ya no lo sé.

—Mi hermano solía envolverme como un burrito. En un saco de dormir. Contra mi voluntad. En cuanto a la comida, siempre preferí esos tacos abiertos.

—¿Una tostada?

Hice una demostración con las manos.

—La parte del taco es plana, así, y todo el relleno del taco se echa encima.

—Una tostada. Estás describiendo una tostada. Este camión de comida las tiene.

Nos dirigimos hacia el camión ¡Hola Taco! y nos pusimos a la cola para comer. Niños y familias pululaban por la calle. Me acerqué a Rachel para no estorbar. Mi brazo rozó su espalda. Me ajusté al instante para darle el espacio que necesitaba.

Ella miró por encima del hombro, con las mejillas sonrosadas. Apretó los labios, mirando a todas partes menos a mí. Entonces levantó la vista hacia mí. A través de sus pestañas.

Mi corazón se detuvo en seco.

—Recuerdo cuando esto era todo lo que siempre había querido, — dijo—. Estar aquí contigo.

Sacudí la cabeza como si no la hubiera oído bien. Lo que dijo me pareció tan personal, tan íntimo, y estábamos aquí fuera con todo el mundo en la ciudad. Quería aferrarme a sus palabras y repetirlas. Detrás de mí, un niño se lamentaba de que su hermana tenía un algodón de azúcar más grande que el suyo. No podía concentrarme.

—Pasamos muchos buenos momentos aquí. —Me miró y juré que había oído mis pensamientos incoherentes—. Ya no quiero estar enfadada, ¿sabes? Fue difícil superarlo. Tú...

fuiste difícil de superar.

Me devané los sesos buscando algo inteligente.

—Somos los siguientes, —fue lo que salió.

No lo que quería decir. No. Pero la ventanilla de pedidos estaba libre y la cola se había amontonado detrás de nosotros.

Y yo era un cobarde.

Rachel enumeró varias cosas del menú como si hubiera memorizado el pedido. Me miró. Todavía me funcionaba mal el cerebro.

Conseguí pedir mis tostadas, pero el ruido en mi cabeza continuaba. Que Rachel me dijera que ya no quería estar enfadada era exactamente la apertura que había estado deseando desde que volví a verla. No, eso lo había deseado durante años. No había estado dispuesto a admitirlo. ¿Por qué no la había localizado y me había disculpado antes?

—Tomará una dieta grande. —Rachel señaló la carta de bebidas.

—Ah, lo siento. —Me había atascado en mi cabeza, retrasando la cola. Y Rachel recordaba mis preferencias de bebidas. Se acordaba de todo.

Saqué mi cartera y le entregué el dinero.

—Te invito, —le dije a Rachel. Era lo menos que podía hacer.

Nos apartamos para esperar nuestro pedido. Rachel parecía ajena a mi tortura interna y parloteaba sobre las vistas que teníamos delante. El puerto deportivo, los barcos, un perro enorme y bien peinado con un pañuelito rojo en el cuello. Los niños se arremolinaban alrededor del perro. Los dueños, una pareja de hombres, parecían acaparar la atención tanto como el perro. Rachel esperó a que la pequeña multitud se despejara y se acercó.

—¿Puedo acariciar a su perro? —la oí preguntar desde unos metros de distancia.

El hombre que sujetaba la correa sonrió.

—¡Por supuesto! A Benny le encanta la atención.

Rachel se arrodilló y tendió una mano tentativa para que el animal la olisqueara. El perro hundió su enorme cabeza en la palma de su mano.

—Un buen chico.

Después de conseguir su dosis de perro, regresó sacando desinfectante para manos de su bolso.

—Lo sé, me encantan los perros. He estado hojeando fotos de refugios para peros con fines de adopción.

—Sorprendente,—bromeé—. Me sorprende que no tengas ya un perro.

Se encogió de hombros.

—He estado demasiado ocupada con la escuela. Yo también he rotado de compañeros de piso, y nunca se sabe quién puede ser alérgico. Luego está encontrar apartamentos que admitan mascotas, además de las tasas extra. Nunca me pareció el momento adecuado.

Llegó nuestra comida. Recogimos todo y serpenteamos a través de un mar de jubilados y familias reunidos sobre la hierba frente al puerto deportivo. Una pareja mayor se apiadó de nosotros y apartó sus mullidas sillas de camping para dejarnos un pequeño trozo de hierba donde sentarnos.

—Estos tacos son fantásticos. —Rachel suspiró satisfecha. Ojalá me mirara como miró ese taco.

Lo hizo. La mirada que me había echado a través de sus pestañas era al menos equivalente a la de un solo taco.

Me concentré en mi comida. Una buena distracción mientras intentaba averiguar cómo

disculparme por una década evitándola. Sí, la última vez que habíamos hablado había sido de perros, pero no pude evitar que mi cerebro volviera a lo que realmente importaba.

Sinceramente, me había imaginado que Rachel lo habría superado enseguida. En aquel momento, había querido que se olvidara por completo de mí, así que me esforcé por hacer lo mismo. Había decidido dejar de pensar en ella, así que lo hice. Claro que ella aparecía en mis pensamientos por la noche, en mis sueños, y me distraía cuando salía con otras personas.

Era imposible olvidarla de verdad.

Cuando rompimos por primera vez, mis padres me rogaron que hablara con Rachel. Que me disculpara por haber abandonado nuestros planes universitarios. Por abandonarnos. Pero no podía. Ella querría respuestas. Y yo no las tenía.

Eso fue entonces. Pero, ¿y ahora?

—Ciertamente estás contemplativo, —comentó Rachel—. ¿O es cosa de tíos y hay un montón de estática ahí arriba?.

Me sacó una carcajada. No iba muy desencaminada, sólo que la estática era culpa suya.

—Sólo pensaba en... cosas.

Ella resopló.

—Odio estereotipar, pero lo he clavado. Todo estático.

Le di un codazo por instinto. ¿Por qué hacía las cosas más tontas cerca de ella?

—Lo siento. Y no sólo estática. Me alegra informar que hay una antena aquí arriba. —Me golpeé ligeramente la cabeza con un puño—. Actualizada de forma digital.

Ella se rió.

—Eres tan cursi. Me encanta. —Me encanta que le haya encantado.

—Oye, ¿qué está haciendo Gabe ahora? —Ella tomó aire rápidamente—. ¿Está bien que

pregunte? Mencionaste que tu hermano lo pasó mal. ¿Pero está mejor?

Asentí.

—Sí. No estudió medicina como querían mis padres. Consideró la posibilidad de estudiar farmacología, pero acabó dedicándose a la venta de productos farmacéuticos. No me preguntes su cargo. Es algo súper corporativo. Se le da bien. Ah, y se casó el año pasado. Es estupenda.

—¡Casado! Vaya. Bueno, bien por él si encontró a una buena chica. —Dio un sorbo a su bebida—. ¿Y qué has estado haciendo? Llevo todo el día hablando de mí. ¿Hay... hay... una persona en tu vida?

Ella miró más allá de mí hacia los barcos. Tenía que saber que me había comportado como un tonto celoso antes por la confusión de Sam. Habría mencionado a una novia a estas alturas si existiera alguien. Quizá Rachel dudaba tanto como yo de hacer esas preguntas. No era como si existiera un libro de reglas para estas cosas.

Si lo hubiera, probablemente no lo leería.

—Ah, no. No es una persona de interés.

Ella soltó una carcajada.

—No pregunté si era sospechosa de un crimen. Persona de interés. ¿Quién dice eso?

Le di un manotazo en la pierna.

—Cállate. —Pero la tensión se rompió. Se trataba de Rachel. Estaba pensando demasiado —. En cuanto a lo que hago, es lo mismo que estoy haciendo aquí este verano. Arreglar casas.

—¿Como un flipper? ¿Eres un volteador de casas?

—Yo y mi cuadrilla somos contratados para trabajos.

—¿Tienes una cuadrilla? —Ella bajó la voz— ¿Eres el jefe? —Me reí.

—Soy el jefe de algunas personas, sí. Nos va bien.

Sacó su teléfono.

—¿Cómo se llama su empresa? Te estoy buscando.

—No tienes que…

—¡Dilo!

—Bien. Es Construcciones Hoffstetter. Un nombre realmente ingenioso.

Se quedó callada mientras daba golpecitos a su teléfono. Su nariz se arrugó. Luego su boca se entreabrió. Entrecerró los ojos, arrugó la cara un poco más. Su dedo me pinchó directamente en el brazo.

—¡Pequeño tonto! Oh, unos cuantos me llaman jefa, —dijo con una voz bobalicona que supuse que era yo—. Esto no es una operación chapucera, Hoffstetter. Esto es una empresa legal. ¿Todo esto es tuyo?

La página web por la que había pagado un ojo de la cara se alejó de la pantalla de su teléfono.

—Mis padres son inversores, así que no puedo decir que yo lo hice todo por mi cuenta. Pero definitivamente hice una gran parte.

Volvió a mirar la página web, dando golpecitos y desplazándose un poco más.

—Soy tan idiota.

—¿Qué? ¿Por qué?

Apagó la pantalla y dejó el teléfono en la hierba entre nosotros.

—Tengo que confesar... que te juzgué por dejar la universidad. Pensaba que eras demasiado listo para no intentarlo. Para mí, era como si estuvieras desperdiciando tu vida. Estaba furiosa. No sólo por cómo me dejaste plantada -vale, esa fue la parte principal- sino por cómo desperdiciaste una oportunidad que algunas personas no tienen. Tus padres podían pagarte para

que fueras a una gran universidad y tú simplemente... no fuiste. Mencionaste en la biblioteca que a veces te sientes mal por ello.

Tomé un trago de gaseosa mientras pensaba una respuesta.

—Me he sentido culpable por mi decisión durante mucho tiempo. No quería malgastar su dinero. Que me aceptaran en una buena universidad no significaba que inscribirme fuera la decisión correcta. Si hubiera gastado su dinero y odiado cada segundo, sólo para abandonar, me habría sentido aún peor.

Pareció pensar en mi explicación.

—Siento haberte juzgado. Está claro que tienes éxito con tu negocio. Y lamento si creí, al no ser universitario, que no podrías tener éxito en la vida.

—Sinceramente, tiene sentido que pensaras eso. No te di nada en qué basarte. En aquel momento no sabía cómo poner en palabras nada de lo que sentía. Tardé unos años en hacerme una idea de lo que quería hacer. Me lancé a trabajar a tiempo completo y pensé que se me ocurriría algo.

—Y lo hiciste. Es impresionante. Y yo que pensaba que te dedicabas a los retretes.

—¿Pensabas que me dedicaba a trastear con retretes?

—Qué iba a pensar. Me dijiste que la casa de campo tiene un baño destripado y que lo estás rehabilitando. En mi cabeza, eso equivale a retrete y chapuzas.

—No soy fontanero titulado, así que tienes razón, sólo puedo hacer chapuzas. —Necesitaba salir de este tema—. Cogí un trabajo a las órdenes de un contratista general cuando tenía diecinueve años. Aprendí todo lo que pude. Hace dos años, monté mi propia empresa. Traje a un chico conmigo y crecimos a partir de ahí. Estamos especializados, así que no competimos directamente con el contratista bajo el que trabajábamos. Nos remitimos clientes unos a otros, es una buena organización.

Rachel arrastró un dedo por la hierba.

—¿Y estás contento?

No me miró. No estaba segura de poder soportarlo si ella lo hacía.

—Eh... sí. En su mayor parte.

Su mirada se encontró con la mía. Ojos color avellana con pupilas profundamente negras y escrutadores. No. No podía soportarlo. Aparté la mirada.

Cobarde. Esta era mi oportunidad, mi segunda oportunidad. Mi oportunidad de enfrentarme a ella de verdad y ser sincero.

Cuando volví a captar su mirada, su atención no había vacilado. Estaba tan hermosa como siempre lo había estado. Tenía que ir a por ella.

—Las últimas veinticuatro horas son las más felices que he sido en mucho tiempo.

Capítulo 9

Rachel

No debería haberme escandalizado. Prácticamente había provocado al hombre para que me contara sus sentimientos. Excepto que él había parecido tan incómodo después de lo que salió de mi boca junto al camión de tacos.

Y ahora, aquí estaba diciendo que era feliz-no, lo más feliz que había sido en mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo era mucho tiempo? ¿Días? ¿Meses? ¿Diez años?

No odiaba que se sintiera así. No lo odiaba en absoluto.

Estar aquí de nuevo en verano me daba vibraciones de nostalgia definitivas, pero algo más se cocía debajo. Una sensación más profunda de Mike, y posiblemente un atisbo de lo que podría ser volver a vernos... a nosotros.

Quizá era cierto lo del tiempo y la curación de las heridas.

Pero, ¿qué haría después de la curación? ¿En qué nos convertiríamos?

La música en directo comenzó en un escenario cercano en ese rango no suficientemente alto para sonar bien pero demasiado alto para hablar normalmente. El volumen me dio un poco de tiempo.

Que ahora se había acabado. Mike me miró atentamente. Sus labios parecían... deliciosos.

—Así que hoy ha sido divertido, —dije finalmente.

Él esbozó una tímida sonrisa mientras hurgaba en la hierba.

—Sí. Lo ha sido. Es más fácil de lo que esperaba. Hablar contigo otra vez.

Todo el día lo había hecho hasta ahora. Era como haber estudiado todo el semestre y luego quedarse en blanco en el examen final.

Mike pareció encogerse por algo. Con suerte debido a la música alta y no a mi repentina ausencia de palabras.

—Oye, ¿quieres salir de aquí?

—Sí, estaría bien.

Se puso en pie y extendió un brazo para levantarme. Dio las gracias a la pareja de al lado por dejarnos acuclillarnos en su césped y depositamos nuestra basura en una papelera cercana.

—¿Podemos pasear por el puerto deportivo? —le pregunté—. Me gusta examinar los barcos.

Sonrió

—Siempre examinando.

El brazo de Mike rozó el mío. En un instante, volví a tener quince años, muriéndome porque Mike alcanzara mi mano y -si me atrevía a soñar- la cogiera. Me había obsesionado con el hecho de que él sólo me vería como una amiga y nada más. Entonces, a los dieciséis años, cuando habíamos recorrido este mismo camino, con las manos entrelazadas, el verano con él se sentía como el paraíso.

Ahora mismo quería cogerle de la mano. Con tantas ganas. Pero comprobación de la realidad: era la nostalgia la que hablaba. Estaba literalmente saliendo de una etapa importante en la vida y pasando a la siguiente. La oportunidad más madura para hacer una tontería como

empezar una aventura con mi ex novio.

Sí, había pasado de ir de la mano a un romance en toda regla en mi cabeza muy rápidamente. Sólo que, ¿qué pasaría cuando condujera a casa mañana? O cuando mi coche tuviera la pieza que necesitaba. Todo este fin de semana podría terminar abruptamente como lo había hecho nuestra relación. Volveríamos a nuestras propias vidas en unos días.

Entre la espesa multitud, Mike volvió a chocar ligeramente conmigo. Seguía queriendo cogerle de la mano. Demasiado para mi charla mental.

—Hola, forastero. —Una morena menuda de piel blanca y bronceada saludó a Mike—. Tom me ha dicho que has venido a la tienda de bicicletas.

Mike se detuvo y le respondió, pero sus palabras sonaban confusas como si hubieran salido de debajo del agua. Sacudí la cabeza para aclarar mi oído. Ahora me estaba presentando.

—Sí, ella es Rachel, de visita desde el sur del estado, —le dijo Mike a la morena.

La muy atractiva y sensual morena.

—¡Qué divertido! —Su voz sonaba artificialmente alegre.

—Ya he estado aquí antes, —solté. Internamente, me encogí—. Aunque ha pasado mucho tiempo.

Mostró a Mike una sonrisa de reina de la belleza -vale, estaba siendo totalmente injusta y lo sabía. Tenía una sonrisa bonita, eso era todo. No necesitaba sentirme amenazada por una sonrisa.

Dijo algo sobre un bar y un partido de béisbol antes de que Mike asintiera y se despidiera con la mano.

Me negué a sentir celos. Mike no me pertenecía. Además, odiaba la competencia superficial entre mujeres.

—¿Quién era? —pregunté con ligereza.

—Caitlin. ¿No me has oído presentarla?

Maldita sea. Los estúpidos celos ahogaron mis sentidos.

—Lo siento, me perdí su nombre.

—Es una de las amigas de Tom que hace ciclismo a distancia. Si todavía estás aquí, se van a juntar a tomar algo para ver el partido en un par de días.

¿Me estaba invitando? ¿Cómo amigo o como una cita?

—No he pensado más allá de hoy. —Tendría que hacerlo más pronto que tarde.

No me atreví a mirar a Mike. Sabía cómo un puro hecho que él podía leerme tan fácilmente como leía planos. Que imaginé que leía bien dado que dirigía una empresa de construcción.

—¡Eh!, —retumbó una voz. Se dirigía hacia nosotros, Tony. Llevaba los brazos abiertos con una camiseta de Life's a Beach que había visto en una de las tiendas—. ¡Son nuestros lugareños favoritos! Nuestro casero de fin de semana y su encantadora dama.

Mike ahogó una carcajada a mi lado.

—Hola, Tony. ¿Cómo te va?

Se puso las gafas de sol en la cabeza. Un tenue contorno de las gafas marcaba el puente de su nariz y debajo de sus ojos.

—Craig y los chicos están en el barco. Conocía a un tipo e hicimos un alquiler. ¿Quieres unirte a nosotros?

—Probablemente no…

—Sí, —corté la respuesta de Mike—. Suena súper divertido. —Una distracción perfecta. Le lancé a Mike una mirada de disculpa—. Sólo es verano una vez, ¿verdad? —Su ceño se frunció. Por supuesto que no tenía sentido lo que dije, pero

Tony ya nos había llamado para que siguiéramos.

—Estamos atracados por aquí, —Tony señaló, caminando hacia delante.

—¿Estás seguro de que quieres pasar el rato con ellos? —Mike mantuvo la voz baja.

—Vamos. Es una pasada por el lago.

Mike no habló ni un segundo.

—No te sientas obligada porque estén alquilando la casa de al lado.

—¡No lo hago! —A la manera de cualquier adulto que funciona normalmente y que prefiere los libros a las personas, simplemente estaba evitando lidiar con los sentimientos que había desenterrado intencionadamente. Necesitaba tiempo para pensar. O no pensar, más bien.

Mike levantó una ceja interrogante. Maldita sea. Ahora me gustaba aún más por su escepticismo.

—Será divertido, —dije como última súplica para validar mi propia decisión precipitada. Nos detuvimos frente a una lancha deportiva. Perfecto para una pequeña fiesta—. Sí, es por aquí. —Tony señaló con la cabeza hacia un barco que había más adelante. Un elegante y lujoso yate blanco.

—¡Estás de broma! —Me pasé una mano por la boca y di un respingo. Esto sí que era un yate. Brillante, con ventanas tintadas y una cubierta superior—. ¿Cuántos metros de largo tiene, como noventa o cien?

Tony se encogió de hombros.

—No lo sé. Tiene un bar y un televisor de pantalla plana de setenta pulgadas.

—Bonito. —Me volví hacia Mike—. Bonito, ¿verdad?

Los labios de Mike se igualaron en una fina línea. Vale, entonces no era fan de este plan.

Tiré de su brazo.

—Vamos. ¿Has estado alguna vez en un barco como éste?

Miró más allá de mí hacia Tony.

—¿Quién conduce esta cosa? —La duda de Mike, ahora en forma vocal.

Tony se detuvo frente a un puente que conectaba el muelle con el barco.

—No tenemos llaves para conducir. Ninguno de nosotros tiene licencia, de todos modos. Estamos haciendo lo nuestro en el muelle.

Asentí.

—Hace vida en el muelle, ¿verdad?

Tony sonrió.

—¡Ella lo entiende! Está atracado y en el contrato de alquiler pone que no puede salir del muelle. Es el barco del jefe del tío de su primo. La mejor vista para los fuegos artificiales.

—¿Ves? Ni siquiera necesitamos salir del puerto deportivo, —le dije a Mike.

Tony nos miró.

—Si vosotros dos queréis un poco de tiempo a solas, hay un bonito dormitorio principal…

—Estamos bien, —dije al mismo tiempo que Mike soltó—. Tengo una cama en casa.

Le lancé una mirada de sorpresa a Mike, murmurando: —¿Qué?.

Se encogió de hombros con una leve expresión de confusión en la cara.

—Quiero decir que podemos... dormir más tarde.

Tony se rió entre dientes.

—Sí. Dormir. Vale, tortolitos. —Me saludó con la cabeza—. Qué suerte, el fin de semana salió bien, ¿eh?

Volví a mirar a Mike, su expresión era una mezcla de pánico, espanto y diversión inesperada.

—Algo así, —dije. Una frase que tapó el agujero por ahora.

Nos unimos a la fiesta en el yate en una cómoda zona de asientos en suaves malvas y oro rosa que me recordaba a un hotel de una telenovela diurna. Los chicos estaban absolutamente entusiasmados con la idea de tener un público cautivo para recrear sus historias favoritas de la infancia. Muchas bromas y accidentes con viajes al servicio de urgencias. Era como ver una versión de nueva generación de Jackass. Dockside.

Resultó que Tony era de Nueva Jersey (clavado) y se había trasladado a un distrito escolar de la zona de Detroit en sexto curso, unos cuantos pueblos más allá de donde crecimos Mike y yo. El grupo había sido inseparable desde entonces.

Todos sus chistes internos se nos escapaban. Mike y yo no dejábamos de mirarnos de reojo y reírnos, sobre todo de lo absurdo de la situación. Más tarde me enfadaría con Mike por habernos metido en esto. Pero, en general, funcionó como la distracción que necesitaba. Me preocupaba menos por mis sentimientos cambiantes hacia Mike en presencia de payasadas estrafalarias.

El peso del día fue apretando poco a poco. Estos tipos seguirían durante horas. Ahora me parecía el momento adecuado para escabullirme.

—¿Quieres salir de aquí? —le susurré a Mike.

Respondió sin vacilar.

—Por supuesto.

Abandonamos la fiesta del yate con clase. Afirmé que me dolía el trasero por el sillín de la bicicleta, lo que pareció tocarme la fibra sensible dadas las historias de dolor compartidas esta noche.

Empezó a anochecer, aunque el cielo no se oscurecería del todo hasta dentro de una hora. Caminamos de vuelta a la camioneta de Mike. Se dirigió fuera del centro, con cuidado de moverse lentamente alrededor de las familias que iban y venían del centro.

—¿Esta es la parte en la que me dejas en un descampado? —Me mordí el labio. Me sentía un poco nerviosa por la maniobra que había hecho para salir con Tony y los chicos. Había necesitado un poco de amortiguación entre Mike y yo después de pasar todo el día juntos. Claramente, eso molestó a Mike.

—¿Estás intentando parecer mona? —me preguntó—. ¿Qué?

Me lanzó una mirada sin lucha.

—No importa.

—Mira, pensé que sería divertido ir en un yate. —Antes había sabido que era un yate, pero da igual.

—Sólo parece que, no sé, quizá buscabas una excusa para no estar a solas conmigo.

Agité una mano en el aire.

—Estuvimos juntos todo el día.

—Pero estar de vuelta aquí, durante el verano, y las cosas de las que hemos estado hablando. ¿Ha sido demasiado?

Su pregunta quedó suspendida en el aire.

—No. Sí. Tal vez. —Luché contra un bostezo y perdí—. Vale, sí. Puede que necesitara una distracción. Un pequeño descanso cerebral. La nostalgia aquí es fuerte.

No estaba segura de que fuera simplemente nostalgia. Y no sabía qué hacer con eso si no lo era.

—¿Y esta distracción tenía que implicar un yate de fiesta lleno de tipos muy carismáticos?

Carismáticos seguro, pero no son tú. Su tono parecía burlón, excepto que tampoco lo era.

—No te preocupes. Ninguno de esos tipos se acerca a mi tipo.

—Caitlin es sólo una conocida, —dijo, sin incitar.

—Ya lo sabía. —Excepto que no lo sabía. Le miré, esperando una sonrisa burlona, pero encontré algo peor. Compasión. ¿Compasión? Quizá un poco de compasión. Si es que eso era algo.

Vale, los dos habíamos actuado celosos por razones ridículas.

Permanecimos en silencio el resto del viaje de vuelta. El silencio probablemente debería haberse sentido incómodo, pero extrañamente, no lo hizo. Con las ventanillas bajadas, los sonidos de los niños riendo y la lejana música en directo me atrapaban en oleadas. Nostalgia o no, me encantaba este momento.

Mike aparcó delante de mi coche. Tuve medio pensamiento de ver si la cosa arrancaba por algún milagro, pero mis miembros pesaban el doble ahora. Sólo tenía fuerzas para llegar hasta la casa.

Me abrió la puerta principal.

—Si quieres una ducha, puedes ir primero.

Su preocupación por mí me resultó tan familiar como un abrazo, pero de algún modo más íntimo. Me detuve en el umbral. Si le miraba, estaría frita. Realmente no debía mirarle.

Miré a Mike. Mi piel seguramente empezó a crujir en los bordes por el calor que se acumulaba entre nosotros.

—Gracias por un gran día. —Mis palabras salieron más jadeantes de lo que había pretendido. Si estuviéramos en el instituto, se habría burlado de mí por ello. O seguro que nuestros hermanos lo habrían hecho si lo hubieran oído por casualidad.

Pero Mike no se burló de mí. Me devolvió la mirada. Sin hablar, apartó un mechón de pelo de mi cara. Sentí el fantasma del regreso de sus dedos antes de que hicieran un suave impacto a lo largo de mi mejilla. Una caricia lenta y deliberada. Un toque con una década de emoción detrás, tan delicado pero intencionado que me robó el aliento.

No quería irme y quería huir al mismo tiempo. Me encantaba esta sensación familiar y me asustaba muchísimo.

—Rachel. —Dijo mi nombre con tanta ternura. Tan reverentemente. Como si mi propio nombre tuviera un significado profundo para él.

—¿Sí?

—Estás dejando entrar a los mosquitos.

Capítulo 10

Mike

Sí, sabía cómo matar un momento. Pero si nos hubiéramos quedado mirándonos como idiotas enloquecidos de amor mucho más tiempo, habríamos acabado haciendo cosas. Cosas que yo quería pero que no estaba seguro de que Rachel quisiera.

Lo último que quería era hacer un movimiento cuando ella no estaba interesada. Necesitaba jugar bien a esto. Es decir, no jugar en absoluto. Necesitaba calmarme y dejar que ella tomara la iniciativa.

Aunque notar un pico de celos cuando hablaba de Caitlin me dio una pista de que quizá no estaba solo en mis sentimientos.

—Dúchate, —dijo finalmente cuando cerré la puerta tras ella. Se dirigió hacia las escaleras.

—Tengo café descafeinado. ¿Te interesa?

Se dio la vuelta, a medio camino de los chirriantes escalones.

—Veré cómo me siento después de estar limpia de nuevo.

Las cosas parecían ir mejor entre nosotros. Había estado recordando con cariño viejos tiempos, incluidos los recuerdos conmigo. Me había mirado como si yo fuera un apetitoso taco.

Le encantaban los tacos. Todo eso estaba bien.

Pero luego el asunto con Tony. Obviamente aceptó la oferta de la fiesta en barco como un movimiento de evasión. Yo conocía esos movimientos porque los hacía. Ella no había querido estar a solas conmigo. Y aquí estaba en mi casa.

Sola. Necesitaba retroceder y darle espacio. Tal vez ella…

Un grito cortó mis pensamientos. Un grito seguido de un alarido de puro pánico.

Salí disparado hacia las escaleras.

—¡Rachel! ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

La puerta del dormitorio de invitados se cerró de golpe. La encontré con la espalda pegada a la pared del pasillo frente a la habitación. Señaló la puerta.

—¡Murciélago. Murciélago!

Respiré mesuradamente.

—¿Hay un murciélago en tu habitación? ¿Lo has visto?

—¡Estaba aleteando, Hoffstetter! Sí, ¡lo vi!

La cogí por los brazos con cuidado.

—¿Te hizo daño?

—No. Seguro que está tan asustado como lo estaba yo. ¿Cómo ha entrado un murciélago?

—¿Está abierta la ventana?

—Hay una mosquitera en la ventana. ¿Cómo podría un murciélago volar a través de una ventana con mosquitera?

—Es una casa antigua. Podría haber entrado por el ático y contonearse por un entretecho.

—Vale, pues todas mis cosas están ahí dentro. Incluida mi cama.

Me froté la cara.

—Sí. Mira, qué tal si te adelantas y te duchas abajo. Yo cogeré el bate.

Se cruzó de brazos.

—Por favor, explícame tu plan para lidiar con el murciélago.

—¿Prefieres que llame a control de animales? No vendrán hasta mañana.

Volvió a hacer lo de morderse los labios. Estaba seguro de que no intentaba distraerme, pero...

—No quiero que le hagas daño al murciélago. Está intentando tener una buena vida de quiróptero.

Levanté la ceja.

—El orden mamífero de los murciélagos. Son animales fascinantes, pero no cuando se posan en mi nevera. —Se estremeció—. Al menos tiene acceso a bocadillos.

—Si come, eso significa que se irá…

—Sí, sí. —Ella hizo una mueca de dolor—. Caca de murciélago. La caca de murciélago es mala.

—La caca de murciélago es mala para mis suelos, paredes y muebles. —Su mueca de dolor se tornó juiciosa—. Pero la seguridad del murciélago es lo más importante —añadí. La mirada juiciosa disminuyó—. Cogeré la escalera extensible y abriré la ventana desde fuera. El murciélago podría salir volando por su cuenta.

—Esa es una idea. ¿Cómo sabremos que se ha ido?

—Podríamos instalarnos en la cubierta y vigilar la ventana.

Sus ojos se cerraron y tardaron unos segundos en volver a abrirse.

—Estoy bastante agotada. Me daré una ducha después de todo. Y supongo que volveré a ponerme esta ropa sucia. —Señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada.

—Bien, toda tu ropa está ahí. ¿Qué tal si te presto una camiseta y unos pantalones cortos de gimnasia? Puedes soportar la falta de moda por una noche, ¿verdad?

Parecía que quería decir algo más pero decidió no hacerlo.

—Gracias. Ahora, hora de ducharse.

Entré en mi habitación y rebusqué en el cesto de la ropa limpia. Pantalones cortos de gimnasia, ¿en serio? Estos le colgarían hasta las rodillas. O quizá los llevaría más arriba, sobre sus curvilíneas caderas. Sus caderas...maldición. Concéntrate.

Cogí unos pantalones cortos y una camiseta y los dejé en la encimera del baño. Luego me dirigí al garaje. Saqué la escalera, fácilmente accesible ya que la había utilizado recientemente para limpiar canalones. Apoyando la escalera contra la casa, subí, luego me detuve a mitad de camino. La ventana estaba completamente cerrada. Si sólo hubiera estado la mosquitera bajada, podría abrirla de golpe, pero no. Rachel debía de haber cerrado la ventana en algún momento y se había olvidado. Conociéndola, probablemente también la había cerrado, por instinto.

Efectivamente, en lo alto de la escalera me encontré con una ventana herméticamente cerrada. Romperla sería una molestia de la que habría que ocuparse más tarde, por no hablar de un gasto, y ya estaba cerca de superar el presupuesto de mis padres después de que mamá quisiera una encimera de granito en el baño de arriba. Por no mencionar que romper la ventana podría asustar al murciélago. Los fragmentos de cristal podrían cortar al murciélago si intentaba atravesarla presa del pánico. Rachel no quería hacer daño al murciélago.

Me quedé mirando la ventana unos minutos, pensando en las opciones. Finalmente, volví a tierra y guardé la escalera. Dentro, preparé el café descafeinado y puse una segunda taza para Rachel.

Salió del cuarto de baño con el pelo envuelto en una toalla y vestida con mi camiseta gris lisa. Mis pantalones cortos de malla azul claro le colgaban hasta las rodillas.

Era francamente sexy.

—Oye, has hecho tú el café. —Pasó junto a mí y se sirvió una taza como si lo hiciera conmigo todos los días. Dio un sorbo—. Gracias. Ahora dime que pasa con el murciélago.

—La ventana está cerrada.

Echó la cabeza hacia atrás.

—Tienes razón. La cerré anoche. Ups.

—Me imaginé que eso era lo que había pasado. Necesitaremos otra táctica.

—¿Dejar que el murciélago tenga una noche libre en el B&B? — Ella encogió los hombros —. La mejor jugada probablemente sea llamar a control de animales por la mañana. Lo último que quieres es un murciélago en la cara si abres la puerta.

Sí, y luego el murciélago destrozaría el resto de la casa, atacando mis paredes recién pintadas.

—Probablemente tengas razón. Qué tal si me quedo con el sofá. Puedes quedarte con mi habitación.

Apoyó la espalda en la encimera de la cocina.

—No puedo quedarme con tu habitación.

Me quedaré con el sofá.

—Aquí abajo huele a pintura. Quédate con mi cama.

—Puedo soportar los persistentes vapores de pintura. El sofá está bien.

—¿Y si el murciélago se escapa? —pregunté—. Si vuela hasta aquí, es temporada abierta.

Una mirada horrorizada cruzó su rostro.

—¿Intentas asustarme para que duerma en tu cama? ¿Cómo va a salir el murciélago de un dormitorio cerrado?

—¿Cómo ha entrado ahí?

—Dudo que subiera por las escaleras.

Miró el sofá con desconfianza. Yo sonreí.

—¡No me mires así! —Me señaló con su taza—. Estás intentando engañarme.

—Para que acepte la mejor oferta, sí.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Y luego qué? ¿Subirás sonámbulo y te tirarás sobre mi cuerpo descansado? Robarás todas las mantas.

No me sonó tan mal.

—Excepto que yo no soy sonámbulo.

—Lo hiciste una vez. Sexto grado. Y luego te vestiste con la ropa de tu madre.

Puse los ojos en blanco.

—Estaba despierto. Sólo estaba muy cansado y confundí sus pantalones cortos con los míos porque eran del mismo color.

Ahora se estaba riendo.

—Esos pantalones cortos tenían pliegues y un logo de Ann Taylor Loft. De todas formas, ¿por qué te estabas cambiando de ropa en mitad de la noche? ¿Lo ves? Sonámbulo.

Le hice un gesto para que se fuera.

—Tú y Gabe me regañasteis por eso durante dos años. Y no fue en mitad de la noche.

Estabais despiertos viendo películas.

—Sí, bueno, de acuerdo en no estar de acuerdo.

—Algún día admitirás que te equivocas.

—No hay equivocaciones que admitir. —Dejó el café a un lado y se quitó la toalla de la cabeza, sacudiéndose el pelo. Se peinó con los dedos hasta que se formaron suaves ondas alrededor de su cara. Observé cada movimiento.

Hicieron falta todas mis fuerzas para no alargar la mano y tocarle el pelo. Su cara. Sus labios con mis labios.

Un suave estampido sonó fuera.

Sus ojos se iluminaron de nuevo.

—Fuegos artificiales.

Fuegos artificiales. Exacto.

—Desde el centro. Podemos verlos mejor en el muelle.

Cogió su taza, se puso los zapatos y salió en un momento. La seguí pisándole los talones.

Caminamos hacia el agua y miramos al cielo sobre la ciudad. Un estallido de chispas rojas estalló sobre la arboleda. Ráfagas de color azul y blanco iluminaron el cielo. Sonidos crepitantes resonaron mientras los fuegos artificiales se perdían de vista en cascada. Rachel se sentó en el muelle. Me coloqué a su lado y nos zampamos el café. Más estallidos llenaron el cielo nocturno. La mano libre de Rachel buscó la mía. La encontré mirándome. La luz jugaba en su rostro desde el espectáculo de luces lejanas del cielo.

—Mike. —Su tono bajo y jadeante me habría hecho olvidar mi propio nombre si ella no acabara de decirlo.

Estaba cerca, tan cerca, y me miraba como solía verme, en los tiempos de antes.

Pero esto no eran los tiempos de antes. Esto era ahora. Y no iba a desperdiciar este momento.

Cerré la brecha que nos separaba. Mis labios se encontraron con los suyos y supe en un instante por su ansiosa respuesta que había estado esperando a que yo hiciera exactamente eso.

Capítulo 11

Rachel

Mike sabía más dulce de lo que yo recordaba, y recordaba muchas cosas. La forma de sus labios, el peso firme de su mano sobre la mía. No había vacilación en su beso, ninguna duda persistente.

Se inclinó hacia mí, dejando espacio suficiente si quería moverme. Había estado así todo el día. Acomodándose. Atento a mi iniciativa.

Me acerqué más. Atrapé su lengua con la mía y aspiré su aroma. El mundo se cerró a nuestro alrededor hasta que todos mis sentidos se combinaron para aceptar y entregarse a este momento.

Se apartó y movió una mano en mi pelo.

—Nunca has estado más hermosa de lo que estás ahora.

Tenía una incipiente quemadura solar a pesar de aplicarme doble dosis de FPS 45, no llevaba maquillaje y mi pelo se encrespó después de dejarlo secar al aire de la ducha. Pero le creí. Todo en su rostro me decía que creía que yo era hermosa.

Me mordí el labio, mala costumbre. Mike depositó un dulce beso junto a mi boca, posándolo en la comisura.

—Me vuelves loco cuando haces eso.

—No intentaba provocarte.

—Lo sé. Eso es lo que lo hace tan tentador.

No pude evitar reírme.

—Eres tú pero diferente.

—¿Madura?

—Tal vez. ¿Lo eres?

—Siempre me has llevado años de ventaja en el departamento de madurez. Por eso... —Dejó de hablar y permitió que los sonidos de los fuegos artificiales llenaran el aire.

—¿Por eso, qué?

—No creí que me necesitaras. —Trazó su dedo a lo largo de mi brazo desnudo, provocándome escalofríos hasta las cejas—. Nunca me has necesitado realmente. Te habría agobiado.

—Agobiado... ¿estás hablando de la universidad?

Estaba haciendo otra vez esa cosa en la que intentaba neutralizar su expresión. Pero esta vez, era como si otra fuerza luchara contra él. Su rostro se endureció, luego se suavizó mientras me miraba de lleno a los ojos.

—Nunca quise ir a la universidad. Lo había considerado, pero nunca me pareció bien. Todo el mundo esperaba que me alineara. Incluso yo lo esperaba. Por eso seguí con el plan. Pero la realidad me golpeó y supe que no podía seguir con ello. Fue entonces cuando me di cuenta de que te merecías algo mejor. Te merecías más. Me negué a ser tu peso muerto.

—Nunca fuiste un peso muerto.

—Supuse que dirías eso, así que tomé la decisión más fácil. Fuera de la vista, fuera de la

mente.

Asimilé todo lo que decía y lo que no decía.

—Te convenciste de que me protegías rompiendo la relación y saliendo a toda velocidad.

—Sí que salí a toda velocidad, ¿eh? —Una expresión de dolor cruzó sus rasgos—. Odiaba saber que te había hecho daño, pero me parecía... lógico. Me superarías pronto. No podría vivir conmigo mismo si te retuviera. De ninguna manera.

El lado emocional de mí casi gritó: ¡Tonto! Te quería! Pero ahora era una adulta totalmente madura. Total y plenamente madura.

Le di un ligero empujón.

—No puedo creer que pensaras todas esas cosas y nunca me lo dijeras. Decidiste por mí. Decidiste por nosotros.

—Mi único pensamiento en ese momento era que vivieras tu mejor vida. No sabía cómo hacer que eso sucediera. —Levantó las manos—. Lo siento.

Vale, emociones. Pon los pies en la tierra. Suponía que tenía sentido si examinaba la situación con objetividad imparcial. ¿Pero quién podía conseguir eso? Yo era humana, no un experimento.

—No ha sido fácil superarte. Incluso podría decir que sólo te he dejado de lado. Siempre estás un poco... persistente.

Su mirada permaneció fija en mí.

—Nunca te he superado, Rachel. Me mantuve alejado para no hacerte más daño. Por eso nunca acudí a ti para hablar de ello.

Llegados a este punto, ¿quién iba a decir cuál habría sido la mejor manera de llevar las cosas? Seguro que la ruptura podría haber sido mejor, pero no podía imaginar que ninguna

ruptura fuera genial. Si hubiera seguido adelante y hubiera empezado la universidad conmigo, se habría sentido miserable y torturado internamente por despilfarrar el dinero de sus padres. O habría pasado los fines de semana viajando a casa para verle en lugar de hacer nuevos amigos. Aunque fui una amiga miserable esos primeros meses.

Cambiar el pasado nunca ocurriría. Sólo nos quedaba el ahora.

—Gracias por decírmelo, —le dije—. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes entonces, pero aquí estamos.

Asintió.

—Aquí estamos. Y somos personas diferentes.

—¿Lo somos?

—Estoy mucho más seguro de las cosas de lo que solía estarlo.

Ráfagas de fuego rápido surcaron el cielo mientras el espectáculo de fuegos artificiales daba todo lo que tenía para su final. Me aferré con fuerza a la mano de Mike. Me aferré con fuerza a este momento.



Perdí la batalla de las camas y acabé en la habitación de Mike mientras él se quedaba en el sofá. Era lo mejor después de nuestro beso. Un piso entero entre nosotros para darnos algo de espacio a cada uno.

La habitación en sí estaba casi vacía, ya que sus padres habían retirado sus pertenencias personales para preparar la venta de la casa. Sólo la cama, una mesilla de noche y la maleta abierta de Mike en el suelo. Algunas de sus ropas colgaban en el armario.

Acurrucándome bajo las sábanas, ordené a mi cuerpo que se relajara.

Repetí el beso una y otra vez. Me encantó cómo fue a por él, pero sólo después de que yo prácticamente empujara mi cara contra la suya. No sentí nada precipitado ni potencialmente arrepentido en el beso. No quería arrepentirme de nada con Mike.

Me di la vuelta e intenté acallar mis pensamientos. Un sonido de arañazos vino de... alguna parte. Me levanté de un salto para sentarme. ¿El murciélago? No podía decir de dónde procedía el sonido. Volví a tumbarme.

Scritch scritch

Me apoyé en el codo.

Un coche retumbó en la distancia. Luego, silencio de nuevo.

Scritch scritch scritch.

¿Otro murciélago? ¿Había un murciélago en esta habitación?

Salí volando de la cama, abrí la puerta de golpe y corrí hacia las escaleras armando un auténtico alboroto.

—¿Qué pasa? —Mike estaba de pie en medio del salón, con el pelo hecho un desastre, la camiseta blanca lisa arrugada y las gafas torcidas.

Espera.

—¿Llevas gafas?

Enderezó las monturas.

—Cuando no llevo lentillas, sí. ¿Qué pasa?

Me gustaba con gafas. Éstas eran de carey claro y le daban un aspecto distinguido.

—He oído ruidos. Ruidos de arañazos.

Sus hombros se relajaron.

—Probablemente el murciélago del otro lado del pasillo.

—Parecía que el ruido venía de mi habitación. Er, tu habitación. — Miró más allá de mí—. Quizá ratones en las paredes.

Intenté no poner mala cara, pero me conocía demasiado bien.

—Si realmente quieres el sofá, puedes quedártelo, —dijo—. Probablemente me duerma antes de oír nada. —Desconectó el cable de carga de su teléfono y se volvió hacia las escaleras. Se detuvo—. ¿Qué?

Me abracé a su acogedora camisa. Esto iba a sonar absolutamente ridículo.

—¿Y si hacemos como en los viejos tiempos y acampamos aquí abajo? Como, ¿sacos de dormir y esas cosas?

Esto podría ir de muchas maneras. Podría decirme que estaba exagerando. Las casas viejas tenían roedores y plagas. Viviendo junto al lago, quién sabía qué bichos merodeaban por ahí.

Podría reírse de mí por ser una adulta con un doctorado que tenía miedo a la oscuridad.

O podía mirarme como lo hacía ahora. Con unos ojos profundos y ardientes que goteaban miel. La mirada no parecía compasiva, era... interesada.

Perdí el aliento. Quería besarle de nuevo. Quería besarle con gafas.

Se echó hacia atrás, poniendo la más mínima distancia entre nosotros.

—Gran idea. Subiré a por la manta grande. Y cierra la puerta de arriba.

Dejé escapar un enorme suspiro cuando se marchó. ¿Qué fue eso, Rachel? Estaba prácticamente inmovilizada por su presencia. Su presencia de nuevo con gafas. No tenía ni idea de que mi cuerpo reaccionaría químicamente por un par de gafas.

Volvió con las almohadas y las mantas de su habitación.

Yo podía seguir en el sofá y él en el suelo. Cuando éramos niños, acampábamos en la habitación familiar junto al televisor. Gabe y Josh, al ser mayores, siempre se quedaban con los dos sofás. Mike y yo amontonábamos mantas y sacos de dormir en el suelo enmoquetado.

Esta casa no tenía salón familiar. Había un salón principal y los suelos eran de madera. Las alfombras debían de haberse guardado mientras Mike pintaba.

—Acabo de darme cuenta de que estos suelos son de madera.

Tiró las mantas delante del sofá.

—Por suerte para nosotros, este sofá es extraíble. El dueño anterior nos vendió algunos de los muebles que les vinieron muy bien a mis padres. No estoy seguro de que usaran nunca la parte extraíble.

Vale, esto estaba pasando rápidamente de acampar en el suelo a compartir cama. ¿Cómo demonios en una casa de tres habitaciones acabamos compartiendo un sofá cama?

Esa sería por tu insistencia en no dormir arriba con los bichos.

Bien, cerebro. Sé lógico a las once y pico de la noche.

Mike apartó los cojines de la base del sofá para dejar al descubierto un armazón de alambre con asas en forma de lazo. Tiró del colchón doblado hacia arriba y fuera del sofá y echó las mantas y las almohadas encima.

—Ya está.

Le miré. Él me miró.

—No es lo mismo que dormir en el suelo, ¿verdad? —Sacudió la cabeza—. Mira, puedes quedarte con la cama y yo me quedaré en el suelo.

El salón no era tan grande.

—El único espacio real está a lo largo de la pared junto a esos botes de pintura.

¿Realmente quieres revolcarte en una lata de metal?

Su boca se torció hacia un lado.

—Parece que me está animando a compartir su cama, Dra. Levesque.

Un escalofrío recorrió mi piel al oírle llamarme doctora.

—Parece la opción más práctica.

Asintió.

—Claro, práctica.

—No te atrevas a tomarme el pelo... —Cualquier mordacidad estaba ausente de mis palabras. De hecho, esas palabras se interrumpieron cuando miré su rostro abierto y milagrosamente no crítico.

—Mientras estés cómoda, me parece bien compartir. Es sólo una noche, ¿verdad?.

Una noche con años de expectativas acumuladas. Una noche después de un día de ponernos al día y crear nuevos recuerdos. Una noche después de ese beso.

Podía sentir literalmente cómo me entraba el pánico. Como antes, cuando había querido tanto correr hacia él como huir, fuerzas opuestas tiraban en ambas direcciones. Todo esto era una mala idea y tal vez no lo fuera en absoluto.

Habíamos dormido cerca y prácticamente al lado el uno del otro un montón de veces. Pero eso era antes, esto era ahora. Ese molesto ahora en el que la vida y cada uno de nosotros eran diferentes.

Miré la cama. Un montón de mantas.

—Primero, pongamos aquí una sábana bajera decente.

La mirada de Mike se detuvo en mí, luego se retiró al armario de la ropa blanca de abajo. Regresó un momento después.

—Un juego de sábanas. Allá vamos.

En un silencio espeso por la tensión emocional, trabajamos juntos para hacer la cama. Aparté las sábanas y me deslicé dentro. Mike se metió por el otro lado. Me volví de espaldas a él, mirando fijamente la entrada de la puerta principal y la pared que dividía el comedor.

Se oyó un crujido detrás de mí y me llegó una ráfaga de su olor: jabón limpio con toques mentolados de pasta de dientes. Por muy corrientes que fueran, me parecían inconfundiblemente él. Sin pretensiones. Familiar.

La casa se quedó en silencio.

—¿Rachel?

—¿Sí?

—Gracias por lo de hoy.

Sonreí.

—Fue un buen día. Mejor que ayer. —Rodé sobre mi espalda, mirando al techo—. Háblame de tu empresa.

—Ah, quieres que te aburra hasta dormirte.

Giré la cabeza hacia él, viendo aparecer más claramente su tenue silueta.

—Empezaste todo un negocio. Soltaste una frase casual sobre que las casas tienen alma. Créeme, me interesa.

Se rió suavemente.

—Sé que lo del alma suena cursi. A veces una casa es sólo una casa. Pero hay veces que entro en una y percibo la historia. Como en ésta. Una familia fue propietaria de esta casa durante dos generaciones. Quizá no parezca mucho, pero muchos de los clientes con los que trabajamos se mudan de lugar cada pocos años. No es frecuente encontrar a alguien que crió a su propia

familia en la casa donde creció. Los propietarios vivían aquí todo el año. Criaron aquí a cuatro hijos.

—Vaya, ¿cuatro hijos en esta casa? —Había supuesto que se trataba de una verdadera casa de campo utilizada sólo en verano. Era más pequeña que el alquiler de al lado. Pero los dormitorios eran de buen tamaño y además estaba el patio y el lago—. Apuesto a que era genial vivir aquí.

—Mis padres dijeron que el vendedor estaba encantado de que planeáramos una modesta renovación. Les preocupaba que los inversores la compraran por el terreno y la derribaran.

Continuó contándome la historia de cómo empezó su negocio, los riesgos que corrió, el apoyo que tuvo de su familia. El dinero destinado a la universidad, más tarde, fue a parar a sus gastos de puesta en marcha.

Me habló de su creciente amor por la renovación de casas bien cuidadas de cualquier tamaño. Tenía corazón para ello. Ni una sola vez mencionó encimeras de granito o mejoras de alta gama. Habló de los huesos de las casas y de los recuerdos que guardaban, y de cómo sus renovaciones sacaban a relucir las mejores partes de lo que los propietarios ya tenían.

Las casas se hacían nuevas, pero se construían sobre cimientos ya existentes. Sentí que me adormecía, imaginando las posibilidades de construir sobre mi propia vida. Quizá con mi propio constructor fuerte a mi lado.



Algo pesado yacía sobre mi espalda. Entrecerré los ojos al despertarme. El peso contra mí se sentía como un árbol derribado. Me retorcí y miré detrás de mí. Mike.

Debía de estar muerta de cansancio para haberme dormido tan rápido. No recordaba nada de la noche. El brazo de tronco de árbol de Mike se inclinó sobre mí, inmovilizándome. Me moví y él se giró ligeramente, pero su brazo permaneció. Estaba atrapada.

Y no me importó tanto.

Me había preocupado tanto compartir la cama y aquí nos habíamos dormido tan rápido y hasta el amanecer. O al menos yo lo había hecho. Sinceramente, no recordaba la última vez que había dormido toda la noche sin despertarme al menos una vez.

Escuché en busca de arañazos o aleteos lejanos de cualquiera de los diversos animales atrapados en la casa, pero no oí nada. Manteniéndome lo más silenciosa que pude, me zafé del brazo de Mike, arrastrándome hasta llegar al borde del sofá-cama para echarme a rodar. Sólo el ligero movimiento de su pecho me aseguró que respiraba. No roncaba. Eso era una ventaja. Parecía tan tranquilo. ¿Cómo había podido estar furiosa con él durante tanto tiempo?

Esta vez, cuando busqué en mi mente los familiares e hirientes recuerdos de cuando me había dejado, en su lugar me vino a la mente la imagen de él comiéndose una tostada ayer. Luego en la biblioteca cogiendo aquel libro de bolsillo muy gastado sobre casas antiguas.

Y nuestro beso. El beso... lo cambió todo.

Entré de puntillas en la cocina para preparar el café. Después de ir al baño y lavarme la cara con simple agua y jabón, volví a la cocina para encontrarme con Mike.

—Hola.

Me sonrió con expresión aturdida. —Has hecho café.

—Es esencial.

—¿Dormiste bien?

—Como los muertos. —Saqué tazas del armario—. Bastante taciturno para ser lo primero

de la mañana.

—Mejor que dormir como un muerto viviente.

—¿Qué te parece?

—Serías un zombi. Se tambalean. —Sacó los brazos y gimió, arrastrando los pies hacia mí hasta que sus brazos chocaron con mi espalda.

—¡Para! Eso ni siquiera da miedo.

Sonrió.

—Oye, hablando de miedo. El murciélago. Voy a llamar a control de animales.

Nuestra rutina del despertar me había distraído de nuestras circunstancias actuales. Me sentía extrañamente normal charlando con él de cualquier cosa y de nada mientras se preparaba el café.

Mike desapareció en otra habitación mientras yo terminaba de preparar el café. Le gustaba una pizca de azúcar en el suyo. Sólo lo suficiente para que casi no mereciera la pena añadirlo, pero juraba que notaba la diferencia.

Regresó unos minutos después.

—Alguien va a venir para ocuparse humanamente del murciélago.

—Fantástico. Voy a tomar mi esencial de la mañana a la cubierta trasera.

—¿Te importa si me uno?

Mi cerebro avanzó rápidamente a un tiempo futuro en el que él no preguntaría. Simplemente se uniría a mí. Y no estábamos en esta casa, sino en la otra, la de alquiler. La cubierta desgastada me resultaba tan familiar como si hubiera estado allí hacía una semana.

Por alguna razón el pensamiento no me asustó. Si no me asustaba imaginar un futuro con Mike, entonces debía creer, en el fondo, que un futuro con Mike era posible.

Apreté los labios para contener una sonrisa. Un futuro con Mike. Parecía... emocionante. Muchas incógnitas, pero el resto de mi vida tenía un plan. Un lanzamiento extra de los dados podría darle sabor a mi vida.

Ambos nos sentamos en la cubierta y miramos hacia el agua. Unos cuantos barcos navegaban a baja velocidad ya que el toque de queda de no wake seguía en vigor durante otros veinte minutos. Era extraño cómo recordaba los horarios del toque de queda en el lago.

—Sigo queriendo que las chicas vengan algún día, —le dije a Mike —. Les encantaría estar aquí. Bueno, puede que a Kelly no. El alquiler podría ser demasiado duro para ella.

—¿Ella es la famosa?

—Famosa del vídeo viral, sí. Hablando de las chicas, debería hablar con Iris sobre su padre. —Es curioso, ni siquiera había traído mi teléfono fuera conmigo. Normalmente, estaba pegada a esa cosa.

Recuperé mi teléfono del lugar de la cocina donde lo había cargado durante la noche y volví a la cubierta. Los árboles crujían suavemente al viento mientras escribía un mensaje a Iris. Siguiendo con mi estado mental cuasi zen, tomé una foto del lago y la envié a nuestra cadena de mensajes principal.

Yo: Algún día os traeré a todas juntas aquí arriba. Promesa. Os echo de menos. Aunque Kelly había proporcionado muy poca información para su cancelación, no me interesaba aferrarme al dolor por haber sido menospreciada. Estos eran mis amigas. Se merecían una segunda oportunidad. Muchas segundas oportunidades.

Cambié al correo electrónico y se me oprimió el pecho ante la cantidad de mensajes que había en la bandeja de entrada. ¿Mi filtro anti spam había dejado de funcionar? Por el amor de Dios.

Varios mensajes eran de mi madre relacionados con la reserva del alquiler y con haber

intentado contactar con los padres de Mike mientras estaban en el extranjero. Podría ocuparme de esos más tarde. Definitivamente no estaba preparada para escuchar un —te lo dije— masivo por no odiar realmente estar aquí con Mike.

Hojeé los boletines diarios que seguía queriendo filtrar en las diferentes bandejas de entrada.

—Oh, bien, —dije en voz alta, aunque era principalmente para mí misma—. Pregunté por mi fecha de inicio en la universidad.

Mike asintió mientras observaba el lago.

Un latido sordo me golpeó el pecho. Mi visión se volvió borrosa. Parpadeé para ver bien la pantalla.

—¿Qué...? —Hice un sonido pero no salió mucho.

—¿Va todo bien? —Preguntó Mike.

—Esto es un error. Error, definitivamente un error. —Me levanté y me paseé por la cubierta. Volví a leer el correo electrónico mientras Mike me preguntaba qué estaba pasando—. Hay un lío con mi posdoctorado. Tengo que llamar a la universidad.

—Es fin de semana. ¿Están abiertas las oficinas?

Dispara. No, las oficinas no estaban abiertas.

El latido de mi pecho se volvió agudo.

—No lo entiendo, —le dije a mi teléfono—. Esto no tiene sentido. — Un torno me apretó los pulmones y jadeé. Unas manos me rodearon, suavemente. Mike volvió a preguntarme si estaba bien. Fue como oírle llamarme desde encima del agua.

Porque me estaba hundiendo.

—Háblame, Rachel. ¿Qué puedo hacer?

Me obligué a respirar.

—Mi posdoctorado era casi un hecho, —conseguí decir. Respire. Respire—. Sólo necesitaba el contrato final. Pero este correo electrónico dice que no hay contrato final. No hay ningún contrato.

—Dijiste que era un error, ¿verdad? —Mike me encaró ahora, con sus manos a ambos lados de mis brazos—. ¿Puedes llamar directamente al profesor? ¿Te dejan hacerlo?

Sí, su sugerencia sonaba razonable. Totalmente razonable. Pero el resto del correo electrónico no hacía que la solución sonara más razonable.

—En realidad, el correo electrónico es del profesor bajo el que trabajo. —Mis ojos se vidriaron mientras la realidad me golpeaba—. Dice que no hay contrato porque no hay posdoctorado. Simplemente... se ha ido.

Capítulo 12

Mike

La mirada de absoluta devastación en el rostro de Rachel casi me parte en dos.

Para mi propia comprensión, le pregunté si podía ver el correo electrónico. Tal vez podría descifrar algo que ella no estaba viendo. Sí, claro, como si eso fuera a pasar, pero no podía soportar verla así de disgustada.

El profesor de investigación con el que pretendía trabajar le había enviado un mensaje diciendo que la financiación se había caído. El puesto ya no existía. Lo lamentaba profusamente. Firmaba Dra. Angela Pryzbrewski.

Le devolví el teléfono.

—¿Cómo pueden hacerte esto?.

Se paseaba por la cubierta, murmurando para sí misma y, en general, con aspecto angustiado.

—Soy tan estúpida. Tan estúpida. Claro que no era una garantía. Ni siquiera tenía un contrato. Planeé toda mi vida en torno a esto.

—¿Es este el procedimiento estándar de una universidad? Porque es una basura.

Me miró, con lágrimas acumulándose en la base de sus ojos. Me enfadé aún más. Alguien- algo estaba haciendo daño a Rachel y yo era impotente para detenerlo.

—No es lo normal, pero no es inaudito. —Se enjugó el ojo—. Estos puestos de investigación son muy competitivos y dependen de las subvenciones. No puedo creer que ni siquiera me cuestionara que pudiera fallar. Adoro a la Dra. Pryzbrewski. Estaba tan emocionada por trabajar con ella que esas estrellitas de la investigación en mis ojos nublaron mi pensamiento. Soy una idiota.

—Tú no eres la idiota aquí. —Tenía ganas de coger su teléfono y devolverle el mensaje. ¿No podían desviar dinero del fútbol o algo así— Esto es por lo que odio... —No importa. Mi propia actitud agria contra la educación superior no ayudaría. Probablemente la profesora se sentía fatal. Probablemente fue un golpe para su investigación perder la oportunidad de emplear a alguien tan dedicada como Rachel.

No tenía ni idea de cómo funcionaba su mundo, pero tenía que haber algo que pudiéramos hacer.

—¿Hay alguna posibilidad de volver a solicitarlo? O...

Me envió una mirada ligeramente compasiva, pero la despejó rápidamente.

—No es tan sencillo, por desgracia. Estoy en el punto de partida. Todas las letras detrás de mi nombre y nada que mostrar. —Su rostro se arrugó. Se pasó una mano por la boca y entró corriendo.

Yo quería ir tras ella. Decirle que por supuesto sus títulos significaban algo. Decirle que era increíble y que conquistaría todo el maldito mundo académico. No podía imaginarme trabajar tan duro como ella durante tantos años, estar tan orgullosa y emocionada sólo para que su sueño se hiciera añicos.

Y ocurrió por correo electrónico. Ni siquiera había tenido la cortesía de una llamada

telefónica.

Mantuve la distancia mientras me dirigía al interior. Lo último que necesitaba era un tipo revoloteando que no entendía la profundidad de sus problemas. Apreté los puños, sintiendo la furia de la impotencia.

La puerta principal estaba abierta con la mosquitera sin cerrar del todo.

—¿Rachel? —Me dirigí al exterior. Rachel estaba sentada en su coche. Llorando.

Esto no estaba bien. No podía dejar que se culpara por esto.

Antes de que pudiera llamar a la ventana, ella abrió la puerta de golpe.

—Olvidé que mi coche no arranca. —Lloriqueó y volvió a limpiarse el ojo, esta vez por la mejilla manchada de lágrimas—. Y no podía irme de todos modos porque todas mis cosas están encerradas en una habitación con un murciélago y su excremento.

Todo eso estaba comprobado.

—Lo siento.

Volvió a moquear.

—Mi compañera de piso se mudó. Planeaba vivir sola trabajando en mi nueva carrera de investigación. Renové mi contrato de alquiler y todo. No sé cómo me lo voy a permitir, ni qué haré. Creía que tenía todo lo que quería en su sitio y ahora todo se ha venido abajo. —Apretó los labios, pareciendo reprimir un nuevo estallido emocional. Tomó aire y lo dejó salir—. ¿Qué pasa con mis alumnos mentores? ¿Qué pasa con mi perro?

—Espera... ¿tienes perro?.

—¡No, el perro que iba a adoptar!

Esto era lo peor. Odiaba cada segundo viéndola sumida en la confusión.

Me agaché junto a la puerta del coche y apoyé una mano en su brazo.

—Lo siento mucho, Rachel. Lo solucionaremos.

Ella tragó saliva y volvió a sentarse contra el asiento del coche. Me miró.

—¿Has dicho nosotros?

—Sí, supongo que sí. —Y lo dije en serio—. Cualquier cosa que pueda hacer por ti, Rachel, aquí estoy.

Mi corazón latió más fuerte mientras pensaba en las posibilidades. Literalmente tenía una casa aquí en la que ella podría quedarse. Estaría aquí al menos unas semanas más, aunque necesitaba ir al sur del estado y comprobar el negocio en persona. Independientemente de dónde viviera, podía ser una roca sólida en la que Rachel pudiera apoyarse.

Había venido aquí para descansar de la rutina diaria. Vale, más bien había estado a un paso de una orden directa de más de unas cuantas personas en mi vida. No me había tomado unas vacaciones en años, en lugar de eso había puesto cada gramo de mí mismo en dirigir mi negocio. Estaba decidido a que fuera un éxito, pero la carga de trabajo que me imponía no podía durar. Ya sentía el agotamiento. Los compañeros de trabajo me dijeron directamente que me fuera de vacaciones.

Unas vacaciones haciendo más construcción probablemente sonaban como lo contrario de unas vacaciones para cualquier otra persona, pero yo iba a mi ritmo. Me encantaba estar aquí arriba.

Y estaba infinitamente agradecido al universo y a cualquiera que estuviera allí arriba escuchando por haber estado aquí cuando Rachel me necesitó. Quería seguir estando aquí para ella.

El sonido de los neumáticos rechinando sobre la grava señaló la aparición de la furgoneta de control de animales.

—Me ocuparé de ellos y del murciélago. —Deslicé mi mano entre las suyas y le di un

rápido apretón—. ¿Hay alguien a quien puedas llamar para hablar de esto? —Más bien despotricar. Lo que fuera que funcionara.

Su ceño se frunció de forma simpática.

—Buena idea. Llamaré a Sam.

Bien.

—Después del murciélago, revisaré tu coche. Probaré un par de cosas e iré a la ciudad a por piezas. Veré qué puedo hacer.

No podía arreglar lo que más le dolía a Rachel, pero podía arreglar las cosas a su alrededor. Era lo que mejor sabía hacer.

Capítulo 13

Rachel

Sam contestó mi llamada y me convenció para que me relajara. Tenía una carrera muy ajetreada y entendía la competencia laboral a pesar de no trabajar en la enseñanza superior ni en la investigación médica.

Desde el sitio en mi coche, observé cómo la persona de control de animales regresaba a su furgoneta con una jaula. El tipo habló con Mike en la entrada antes de marcharse.

Salí del coche.

—¿Cogió el murciélago?

—En realidad, salió volando cuando abrió la ventana. La jaula estaba vacía. Hizo un barrido en busca de más murciélagos y, afortunadamente, sólo uno—. Agitó un trozo de papel en el aire. —Estoy haciendo un seguimiento para buscar huecos a lo largo del tejado y espacios de arrastre por donde podría haber entrado el murciélago.

—¿Cómo se ve mi habitación?

Se rascó la nuca.

—No tan mal como pensaba, pero todo necesita una limpieza profunda. Tu maleta estaba abierta. No podemos estar seguros de lo que pasó ahí dentro.

—Oh... vaya. —Murciélagos anidando en mi ropa interior—. Tal vez un incinerador sea la mejor opción.

Esperaba una carcajada, pero Mike parecía preocupado.

—¿Cómo estás?

Oh sí, mi destrozada carrera que ni siquiera había empezado.

—Hablar con Sam ayudó. Gracias por sugerirme que la llamara. Se ofreció a echarle huevos a la casa, la oficina y el coche del jefe de departamento, lo que también ayudó.

—Puedo abastecer todas sus necesidades de vandalismo de huevos.

—Puede que sea la oferta de vandalismo más dulce que he oído nunca. La tendré en mente.

Y entonces le abracé. Simplemente le rodeé con mis brazos y fui a por él.

—Gracias.

—De nada. —Me devolvió el apretón.

Su cuerpo se sentía seguro y sólido. No me importaría quedarme así. O tener esto para volver a casa.

Para volver a casa. Mis pensamientos se arremolinaban con el significado de hogar. ¿Dónde estaba ahora mi verdadero hogar?

Me soltó.

—Hay un servicio de limpieza con acceso a productos químicos de alto grado que tal vez pueda traer esta tarde. Supongo que es lo más seguro para las secuelas del murciélago.

Está bien, Mike estaba en modo de arreglar las cosas. Podía rodar con eso. Necesitábamos ocuparnos de estas cosas.

—Entonces, mi colega va a venir a echar un vistazo a tu coche. ¿Recuerdas a Colt

Jackson? Solía correr con nosotros en verano. Vive en la ciudad y nos encontramos hace poco.

—¡Claro que recuerdo a Colt Jackson! ¿Acabó siendo cantante country o jinete de rodeo? No hay otra opción con ese nombre.

—Dirige un taller de carrocería.

—Bueno, eso es decepcionante. Al menos dime que el nombre es algo guay como, Action Jackson's Auto Faction o Colt 45 Car Shop.

Mike sacudió la cabeza, riendo.

—Estoy seguro de que le gustaría verte. Siento que no sea en mejores circunstancias. ¿Quieres entrar y comer algo? Tienes que estar hambrienta.

En realidad me sentía temblorosa, después de la emotiva mañana. Le seguí dentro. Me ofreció cereales y plátanos y una ensalada de frutas ya preparada que había comprado en el supermercado a principios de semana. Me comí la comida agradecida y pensé en mis próximos pasos. La comida ayudaba a calmar el pánico. Mi portátil estaba en una bolsa junto a mi bolso. Lo saqué y lo abrí.

Colt Jackson vino hacia el mediodía. Rememoramos un poco y le agradecí repetidamente que se hubiera tomado la molestia de revisar mi coche. No llevaba consigo las piezas necesarias, así que me dio la opción de que volviera al día siguiente o de enviar una grúa para llevar mi coche a su taller.

—Hagamos lo de la grúa para que pueda terminar esto rápidamente, —le dije.

Después de que Colt se marchara, me volví hacia Mike.

—¿Necesitamos contratar un equipo de limpieza para el dormitorio? Podríamos limpiar la habitación nosotros mismos.

Mike parpadeó y pareció tardar un segundo más en concentrarse.

—¿Estás segura de que estás dispuesta?

Tenía una vida a la que volver al sur del estado.

—Realmente necesito volver a casa. Cuanto antes mejor.

La chispa de sus ojos se desvaneció.

—Tienes un lugar aquí todo el tiempo que quieras. Al menos hasta que se venda la casa.

Ah, rayos. Quería que me quedara. Quería prolongar este fin de semana para pasar más tiempo juntos. La idea de quedarme en esta pequeña burbuja que habíamos creado era muy atractiva. Unas verdaderas vacaciones de más de un día en las que podría poner los pies en alto (tal vez sonsacarle a Mike un masaje de pies), sumergirme en uno de mis nuevos libros junto al lago, y por la noche... bueno, la noche tenía muchas posibilidades. Quizá podría quedarme aquí e ignorar el resto de mi vida.

Excepto por el pequeño problema de mi apartamento sin ingresos futuros para el alquiler. Por mucho que me encantara ignorar mi realidad, era de hecho, la realidad.

El silencio entre nosotros se hizo más fuerte.

—Verás, necesito estar en casa y organizada con un plan, —le expliqué, aunque él no me había pedido explicaciones—. Probablemente pueda soportar un mes o dos de alquiler, especialmente con un pequeño colchón financiero de mis padres, pero ellos no tienen el dinero para mantenerme a largo plazo. No cuando lleguen los pagos de los préstamos estudiantiles. El tipo de trabajos que estoy buscando requieren mucho tiempo para localizarlos y concertar entrevistas. Podría acabar en cualquier parte del país. Entonces estamos hablando de romper mi contrato de alquiler... —Necesité recordarme a mí misma que debía respirar de nuevo—. Es... mucho. No es como si fuera a encontrar un trabajo de investigación en la tierra de las vacaciones.

Probablemente no era lo mejor que podía decir. El rostro de Mike se nubló aún más. Aquello parecía realmente tormentoso.

Hasta ahora, sólo habíamos diseccionado una fracción de la vida actual de cada uno. Habíamos remendado sentimientos rotos, compartido un beso -uno realmente bueno-, pero ¿qué pasaba ahora?

—Tu negocio está en casa, ¿verdad?

—En Rochester Hills.

—Estás a una hora de mí, en Ann Arbor. Una hora no es demasiado lejos. Por el momento. —Mis días en la universidad podrían haber terminado oficialmente ahora. ¿Quién sabía dónde acabaría mi carrera?— ¿Cuándo acabarás con todo esto? —Dirijo una mano hacia el baño de abajo, una cáscara de lo que debería ser un baño. Tenía mucho más trabajo que hacer.

—Dos semanas por lo menos. ¿Crees que tendrás una oferta de trabajo para entonces?.

—No lo sé. Empiezo de cero. Excepto que no realmente, debido al contrato de alquiler. Estoy en números enteros negativos. —Me llevé una mano a la cabeza—. Sólo necesito llegar a casa. —No podía explicarlo, pero conducir hasta casa me parecía la mejor opción para centrarme en la siguiente fase de mi vida.

Mike parecía querer decir algo más. Ya había hecho mucho ayudando con los imprevistos. Pero él no podía arreglarlo todo.

—Tienes razón. —Miró más allá de mí, luego hacia sus pies—. Tienes que hacer lo mejor para tu carrera.

Mi corazón aceleró el paso.

—Podemos ver adónde va esto. —Mis palabras sonaron demasiado ansiosas, como si necesitara convencerle de que esta vez sería diferente. Y, bueno, lo sería. No éramos adolescentes. Teníamos nuestras propias vidas resueltas, principalmente. Principalmente él, pero lo conseguiría. Podríamos construir algo nuevo sobre nuestros cimientos, o lo que fuera—. Tomemos esto despacio. Hoy arreglan mi coche. Probablemente será demasiado tarde para salir,

así que puedo irme mañana. Sí. Eso haré. Me quedaré otra noche y me iré mañana.

Mike estuvo de acuerdo pero no dijo nada más.

Se puso a trabajar y ayudó a la grúa cuando llegó. Después, nos preparamos para limpiar la batcueva. Mangas largas, guantes, mascarillas y protección ocular de plástico. Porque, por supuesto, tenía todo lo necesario. El guano -aka mierda de murciélago- no era demasiado abundante, pero necesitábamos fregar cada superficie que tocaba después de deshacernos de ella. Toda la ropa de cama fue a la lavadora. Clasificamos mis pertenencias en bolsas de plástico, separando la ropa de los artículos de aseo que, afortunadamente, ya estaban todos envueltos en plástico. Sinceramente, habría preferido tirarlo todo a la basura. Incluso el bonito vestido de verano con estampado de limón que me había imaginado poniéndome para salir de copas con las chicas.

O para salir de copas con Mike y sus amigos de la tienda de bicicletas. Pero no podía quedarme. Después de ducharnos de nuevo, cenamos tranquilamente restos de comida a la parrilla.

Sin incidentes, excepto por la inminente sensación de que todo esto acabaría mañana. Lo que habíamos recuperado era posiblemente todo lo que seríamos. Cercas reparadas, pero una cerca que dejaría atrás y nunca volvería a ver.

—¿Quieres salir en el barco? —preguntó Mike.

Una distracción bienvenida de mis pensamientos.

—Suena genial.

Sonrió, pero el brillo que había desarrollado durante el último día tenía un brillo más apagado. O bien lo que yo había dicho sobre la necesidad de volver a casa añadió distancia entre nosotros, o él se distanció automáticamente para prepararse.

Te merecías algo mejor. Te merecías más. Había dicho esas palabras sobre nuestra ruptura.

Ojos que no ven, corazón que no siente. No podía dejarle recaer en su antigua forma de pensar. Sólo que había demasiadas incógnitas de nuevo. Esta vez, en lugar de irme a una universidad donde él sabía exactamente dónde estaría, podía acabar ocupando un puesto al otro lado del país. Tenía un negocio con raíces en Michigan. Eso no iba a cambiar.

Mientras navegábamos por el lago, dejé que la tranquilidad se hiciera cómoda entre nosotros. Compartí con él algunos recuerdos de verano relacionados con Colt Jackson. Mike salió lentamente de su nube y se unió con historias propias. Recuerdos de nuestras familias aquí juntas, y algunos sólo entre nosotros. Los momentos familiares de los que siempre sería seguro hablar.

Cualquier cosa sobre el futuro, la dejamos convenientemente para otro día.

Capítulo 14

Mike

Convencía a Racel de dormir en mi habitación, ya que el cuarto de invitados necesitaba airearse. Volví a coger el sofá. Me mataba saber que estaba tan cerca, a sólo unos pasos escaleras arriba. Puede que nunca volviéramos a estar tan cerca.

Revolcándome en el mullido sofá-cama, rogué a mis pensamientos que se calmaran. Por mucho que hubiera querido creer que podríamos hacer que las cosas funcionaran, no podía mentirme a mí mismo. Rachel debía poder elegir cualquier trabajo universitario que deseara. Si subía ahora, mientras ella era vulnerable, acabaría siendo un equipaje de más. No podía agobiarla por segunda vez.

Con suerte, cualquier trabajo que consiguiera podría ayudarla a romper el contrato de alquiler, o tal vez sus padres podrían ayudarla económicamente. Diablos, enviaría un cheque a la oficina de arrendamiento. Si eso la ayudaba a conseguir lo que quería, haría lo que fuera.

Necesitaba que encontrara el trabajo de sus sueños, o dejarla la primera vez sería para nada. Nunca quise que hiciera concesiones. Ni por mí, ni por nadie.

Me desperté temprano al día siguiente después de un sueño duro. Peor que dormir en el frío bosque sin tienda de campaña de los exploradores y peor que estrellarme en el suelo

desconchado del baño de azulejos de mi amigo después de nuestra noche de fiesta por mi vigésimo primer cumpleaños.

Un dolor sordo se formó detrás de mis ojos mientras renunciaba a seguir durmiendo. Hice lo que siempre me ayudaba. Me puse las zapatillas de correr, cogí el teléfono y los auriculares y salí a correr.

A medio camino, pensé en enviarle un mensaje de texto a Rachel diciéndole que iba a salir, pero no tenía su número. Podía salir en coche hoy y yo no tendría forma de ponerme en contacto con ella.

Volviendo a la casa, dejé una nota escrita junto a la cafetera.

Forcé a mi cuerpo privado de sueño a realizar un calentamiento. Empecé a trotar despacio y encontré mi ritmo. Mi mente se despejó y mis pensamientos se vaciaron.

Sí, claro. Todos mis pensamientos eran Rachel.

Pensé en las diferencias que había ahora en nuestras vidas. Tenía la cabeza más despejada, eso era seguro. Un negocio exitoso y en crecimiento que realmente me gustaba. Me sentía orgulloso de mi trabajo. Orgulloso de mi vida.

Era digno de Rachel. Quizá siempre lo había sido, pero ahora lo sabía. Lo sabía con la confianza de la edad y un poco de experiencia vital.

Pero éste era el primer descanso real que había tenido en años, y había elegido trabajar más. Estar de nuevo con Rachel me recordaba los veranos perezosos y el verdadero relax. Quería más de eso.

Y quería más de Rachel.

Corrí más de lo que lo había hecho en semanas y me tomé un tiempo extra para estirarme. Cuando volví, Rachel estaba sentada en la mesa del comedor, junto a la cocina, tecleando en su portátil. De vuelta a trabajar en su futuro. No me sorprendió.

—Hola. —Levantó la vista hacia mí—. Estás sudado.

Justo lo que todo tío quería oír.

—Correr hace eso. ¿Comiste algo?

—Comí más ensalada de frutas y cereales. Gracias por cuidarme.

Parecía cansada, aunque no se lo diría. Pero aparte de las ojeras hinchadas, parecía estar mejor que ayer. Lo que instantáneamente me hizo sentir mejor sobre el día de hoy. Podría recuperar su coche, conducir al sur del estado y bueno, eso sería todo. Vale, no me sentía mejor.

—Voy a darme una ducha.

Intenté ser rápido, sabiendo que no me quedaba mucho tiempo antes de que Rachel se fuera. Por otra parte, cuanto antes saliera de este baño, antes tendría que despedirme. No estaba preparado.

Quería más tiempo, pero no podía retenerla. Lo que yo quería podría no existir. Rachel necesitaba conquistar el mundo, dondequiera que la llevara su carrera. También quería estar con ella. Sí, ahora lo sabía, tan seguro como todo lo demás.

Quería estar con Rachel.

¿Me quería ella a su lado? Ella había mencionado que sólo vivíamos a una hora en coche al sur del estado. Pero yo era una complicación extra, justo cuando ella empezaba su siguiente fase en la vida. Aún teníamos cargas emocionales que nos lastraban. Quizá ahora un poco menos.

No podía quitarme la sensación de que esto era una oportunidad. Una segunda oportunidad para lo que entonces no estaba preparado.

Si salía por esa puerta antes de decirle lo que sentía, nunca me lo perdonaría.

No quería volver a dejar a Rachel fuera de mi vida. Porque... la amaba. La había amado entonces, y la amaba todavía.

No había sabido quién era a los diecisiete años. Estos años separados, había salido con gente con la que nunca había tenido intenciones de ir en serio. Ahora podía verlo claramente.

Siempre había sido ella.

No tardaría semanas o meses en saberlo. Ahora lo sabía.

Necesitaba encontrar la manera de estar con ella. Dondequiera que fuera. Incluso si eso significaba trasladarme.

Era dueño de mi negocio. Podía hacer con él lo que quisiera. Podía vender la empresa y mantener a mi equipo empleado, y luego empezar de nuevo en otro lugar. No digo que fuera fácil, pero ¿quién me lo impedía aparte de mí mismo?

Cerré el grifo y cogí una toalla. Hice un trabajo de secado digno de un vestuario de secundaria y me puse la ropa sobre la piel aún húmeda. Abrí la puerta de golpe, mi pelo mojado enviando gotas por la nuca hasta mi camisa.

—¿Rachel? —No estaba en la mesa del comedor. Ni en el salón ni en la cocina. Mi corazón se aceleró. Necesitaba contárselo todo antes de perder los nervios.

En la parte de atrás, una cubierta vacía. Entonces la vi, en el muelle. Sus pies se sumergían en el agua.

Corrí hacia ella. No estaba lejos de la casa y acababa de correr probablemente cuatro o cinco millas, pero me faltaba el aliento cuando llegué hasta ella.

—Rachel.

Me miró entrecerrando los ojos.

—¿Pensé que te habías duchado?

Todavía pareces sudado.

—Es agua de la ducha. Tengo algunas cosas que decir. —Tomé aire—. No quiero

entrometerme en tu trabajo, pero estoy bastante seguro de que me he vuelto a enamorar de ti este fin de semana. Nunca me perdonaré si dejo que te vayas sin decírtelo. Y además, mi negocio es mi negocio. Me refiero a mi empresa. Puedo llevar mi trabajo a cualquier parte. Tú lo vales. Quiero estar donde tú estés.

Su boca se entreabrió mientras yo hablaba. A mitad de mi discurso, yo mismo había empezado a oír las banderas rojas. Demasiado rápido. Esto la abrumaría. Eso era lo último que quería.

Esperé su reacción mientras mi horror se hundía. De verdad había dicho todas esas cosas en voz alta. Si tuviera un coche que funcionara, habría salido de aquí chirriando los neumáticos.

Excepto que ella estaba sonriendo. ¿Se estaba riendo de mí? La risa podría ser peor que la ira. Podía lidiar con la ira.

Se levantó del muelle y me cogió las manos.

—¿Has dicho que te habías enamorado de mí?

—Yo... lo hice. Sí. —Hasta ahora no estaba gritando ni huyendo. Bueno, caminando deprisa porque odiaba correr.

—¿También has dicho que trasladarías tu negocio por mí?

Ella seguía aquí.

—Sí. Si te trasladaras, por supuesto que lo haría.

Se inclinó y me besó la mejilla.

—Realmente me sorprendiste este fin de semana. Primero, sorprendiéndome literalmente al plantarte fuera de mi coche. Luego, aclarando las cosas sobre nuestra ruptura, y encontrando maneras atentas de demostrar que te importo arreglando lo que se vino abajo a mi alrededor. Te creo cuando dices que darías un giro a tu vida por mí.

La tensión que me agobiaba se resquebrajó. Casi sentí que los pedazos se desprendían.

—Te quiero, Rachel. Pase lo que pase, te quiero.

Me besó la otra mejilla.

—Yo también te quiero. Nunca he dejado de hacerlo.

Cualquier peso que quedara cayó. Tiré de ella más cerca, envolviendo con mis brazos sus suaves curvas. Se me cortó la respiración. Ella nunca había dejado de amarme. Y ella siempre había estado en mi corazón, todo ese tiempo.

Ella se apartó.

—¿No quieres oír la mejor parte?

—¿Hay una parte mejor que oír que me amas?

—Vale, quizá una parte inferior, pero otra parte a la mejor noticia.

—Cuéntame.

—Ayer envié algunos correos electrónicos para poner las cosas en marcha. La pasada primavera, en una feria de empleo, conocí a un contacto de una CRO, es decir, una organización de investigación por contrato. Realmente conecté con su reclutador, pero les dije que mi prioridad era el posdoctorado. De todos modos, me invitaron a su campus. Tamara me animó a ir. Así que acepté. En parte por curiosidad, en parte por cortesía. Me puse en contacto con el reclutador y le expliqué lo sucedido. Esta mañana ya me han contestado. Me han dicho que programarán una entrevista la semana que viene. No es un trato hecho, pero es muy, muy prometedor.

—Vaya... fantástico. Pero no es educación superior. ¿No querías trabajar en el mundo académico? ¿Darle la vuelta a su anticuado sistema?

Me pasó las manos por los brazos hasta los hombros. Estaba a punto de volverme loca con

ella tocándome así, pero aún tenía preguntas.

—Nunca le di una oportunidad justa al trabajo en la industria. Tiendo a estrechar mi enfoque y dejar todo lo demás a un lado. ¿Recuerda que dije que tenía estrellas en los ojos? Que la financiación se cayera fue una fuerte dosis de realidad. —Tomó aire—. Ayer saqué mi portátil y revisé todo el material que la empresa del sector privado me envió la primera vez. Me quedé hasta tarde buscando más opciones que no me había molestado en explorar antes. Estoy realmente entusiasmada con las posibilidades. La empresa hace un gran trabajo y no parece haber la política y la competencia del mundo académico. Esta empresa valora a las mujeres. Emplean a un gran número de mujeres en puestos directivos.

—Suena genial. —Dudé en preguntar, pero sabía que tenía que hacerlo—. ¿Estás segura de que no te conformas?.

—Puedo formar parte del cambio en la enseñanza superior orientando a las estudiantes. Mostrándoles las oportunidades que existen, especialmente a los estudiantes que no tienen a nadie en su familia que haya ido a la escuela de posgrado. Busqué más oportunidades de financiación mediante subvenciones para ampliar el programa. Tengo contactos que me ayudan a solicitar esas subvenciones.

—No me extraña que no hayas dormido mucho. Has estado muy ocupada.

Me miró entrecerrando los ojos.

—Mis ojos inyectados en sangre me delataron, ¿eh?

—Sigues siendo preciosa. —Llevé mis manos a su cintura—. ¿Dónde está ese trabajo? ¿Boston? ¿California?

—La mejor parte continuó: es en Detroit, en la ciudad propiamente dicha.

Detroit. Básicamente, la zona general donde viví y construí mi negocio. A pesar de todo, una racha de pavor me recorrió.

—Rachel, por favor, dime que no te estás comprometiendo. Lo dije en serio cuando dije que puedo vender mi empresa y empezar en otro sitio.

Sus manos se posaron en mi nuca.

—Te lo prometo, no me estoy comprometiendo. Estoy viendo con más claridad. Salir de mi pequeña burbuja de investigación universitaria, y estar aquí contigo, despertó algo en mí. Me recordó quién soy. Me puse unas expectativas tan estrechas, pensando que podría encontrar el éxito únicamente a través de lo académico. Pero puedo hacer cualquier cosa. Tú me lo recordaste. No tengo por qué limitarme.

Todavía me costaba creerlo.

—Y si el trabajo no funciona, ¿qué harás?

—Tendré a alguien en quien apoyarme que parece terriblemente robusto.

Robusto nunca sonó tan atractivo. Me pasó las uñas por el cuero cabelludo en pequeños círculos burlones. No pude aguantar más.

—Necesito besarte.

—Trato hecho.

Nuestras bocas chocaron entre sí. Mis manos encontraron su espalda y la acercaron. Esto estaba sucediendo. Ella estaba dispuesta a arriesgarse tanto como yo, aunque el futuro no estuviera definido.

Finalmente nos separamos.

—¿Qué pasa con tu apartamento? —pregunté al mismo tiempo que ella decía—: ¿Cuánto falta para que arreglen el baño?.

—Tú primero, —dije.

—Si la empresa me contrata, puedo desplazarme desde Ann Arbor. O romper el contrato

de alquiler o encontrar un subarrendatario si está permitido. Basándome en mi investigación de la industria, deberían ofrecer un salario generoso. Un salario mucho mejor que el de la universidad. Si no lo hacen.. .—Exhaló un suspiro—. Bueno, entonces conseguiré un trabajo temporal para pagar el alquiler mientras busco algo permanente.

Tenía muchas ideas sobre lo permanente.

—Eso suena práctico. —Mis pensamientos iban a cualquier parte menos a lo práctico.

—¿Y el baño? —Me pasó una uña por la piel y casi me desmoroné.

—Uh, probablemente pueda reunir un equipo y hacer el trabajo más rápido. Quizá ver si Colt y algunos de sus colegas tienen experiencia en la construcción.

—¿Por qué querrías apresurarte? —Sus ojos se iluminaron con la mirada juguetona que nunca pude olvidar del todo.

—Oh, no lo sé. —Le levanté la barbilla, mirándola a sus brillantes ojos color avellana. La besé de nuevo—. Quizás por una chica con la que necesito volver a casa.

Epílogo

Rachel

Un mes después

No tenía ni pizca de sentido estar nerviosa. Sin embargo, allí estaba yo, en la entrada de la casa de los padres de Mike, con la cara sudorosa sosteniendo una ensalada de patatas sudada (el recipiente: hacía humedad fuera) ansiosa por causar una buena segunda primera impresión.

La puerta principal se abrió de golpe.

—Rachel, hola.

Un hombre conocido que llevaba una camisa de manga corta desabrochada sobre una camiseta me encaró.

—¡Gabriel! —Por qué utilicé su nombre completo, tendría que pensarlo más tarde—. Santo cielo. ¿Has crecido un palmo más?

Se rió con una sonrisa despreocupada mientras me dejaba pasar a la casa.

—Un estirón en la universidad. Florecimos tarde, Mike y yo. Rachel, te presento a mi media naranja, Saya.

Una mujer morena con una exuberante túnica rosa se plantó en la entrada. Le tendí la mano y ella estrechó la mía con las dos suyas.

—Encantada de conocerte.

Tenía un deje en la voz, con acento indio.

—Encantada de conocerte a ti también.

Saya me soltó y su mano se posó brevemente sobre su estómago. Rápidamente movió la mano hacia su costado. Cerré la boca, pero ella se dio cuenta de que había visto su acción gracias a mi famosa y terrible cara de póquer.

—Estoy embarazada, —admitió—. La familia lo sabe, pero es nuevo.

—¡Felicidades! Vaya, imagínate a Gabe como padre. —Resoplé—.

—¡Eh! —Gabe me dio un codazo en el costado.

Saya se rió nerviosamente.

—Ignórame, por favor. —Necesitaba refrenar esos nervios—. Ha sido muy grosero por mi parte, te pido disculpas. No había visto a Gabe de adulto. Me está dejando alucinada.

Pareció relajarse.

—Vamos a traerte algo de beber.

Le pasé la sudorosa ensalada de patatas a Gabe.

—Me gusta tu idea—.

Mike me dijo que sus padres habían reducido el tamaño, pero esta casa supuestamente más pequeña era más grande que donde yo había crecido, donde aún vivían mis padres. La cocina parecía un post de #homedecorinspo en Instagram.

—¡Rachel! —La madre de Mike fue directa a los abrazos.

Parecía enérgica y sólo un poco mayor de lo que yo recordaba.

—Me alegro de verla Sra. Hoffstetter.

Ella no me había soltado.

—Por favor, llámame Cora. Y bienvenida de nuevo a la familia.

Cora soltó nuestro abrazo y me sonrió con toda la potencia del estadio de la U de M iluminado por la noche.

—Dra. Levesque. Dios mío, ¡estamos tan orgullosos de ti!

El padre de Mike apareció y me dio una palmada en la espalda.

—Muy orgullosos de ti. Un neurocientífico. No me sorprende ni un poco lo bien que lo has hecho por ti misma.

Las emociones me golpearon por todos lados: nostalgia, orgullo, felicidad. Pero un matiz incómodo nadaba bajo la corriente agradable. Los padres de Mike valoraban el estatus. Siempre habían querido un médico en la familia. Yo no era un accesorio ni un trofeo. No podía evitar preocuparme por cómo acabaría esto si se centraban en mi éxito educativo en detrimento de Mike.

Mis propios padres entraron en la charla, momentos después. A las rondas de abrazos siguieron otras de felicitaciones por mi reciente éxito. Ya les habían informado de todo, pero su propio orgullo estalló en un aluvión de preguntas.

—Tu nuevo trabajo, ¿cómo está funcionando? —preguntó papá—. ¿Tu coche va bien? Quizá sea hora de cambiarlo por uno nuevo con esos desplazamientos tuyos.

—Cariño, no la molestes con el coche. —Mamá dejó un pastel cubierto de papel de aluminio. Ella siempre insistía en traer un postre a pesar de que la familia de Mike proporcionaba comida suficiente para alimentar a una pequeña ciudad—. ¿Adoptasteis un cachorro?

—Todavía no hay cachorro. El trabajo es fantástico, —Me volví hacia los padres de Mike —, Me toca trabajar en enfermedades degenerativas, cribando nuevos fármacos potencialmente calientes. — Tosí—. Drogas con receta. —Ellos sabrían a qué me refería, pero aun así sonó raro —. Mi coche está bien. Muchos de mis compañeros de trabajo vienen en coche desde todo Metro Detroit e incluso más allá. Ann Arbor no está muy lejos.

Cora colocó delante de mí un vaso de limonada lleno de hielo en la reluciente isla de la cocina.

—Pronto no tendrás que preocuparte por tu lejano apartamento.

—Mamá, —dijo Gabe en tono de advertencia—. Baja un poco el tono.

—¿Qué? Todos sabemos que es cuestión de tiempo. —Me guiñó un ojo.

Mi propia madre se inclinó hacia mí.

—Quería decírtelo. Saqué el velo de tu abuela del almacén. También lo usé para mi boda.

Ladeé la cabeza y le dirigí una mirada incrédula.

—Varias muescas hacia abajo.

Definitivamente me arrepentí de no haber quedado con Mike y llegar juntos. Él venía en coche desde otra dirección y tenía que pasar por su oficina.

Yo estaba aquí con los lobos.

Cora nos arreó hasta el sombreado patio trasero con un patio de piedra y agrupaciones de muebles de exterior. Mi madre, la reina de la parrilla de ambas familias, empezó con hamburguesas de judías negras y bratwurst. Esperaba que le echara una mano a Cora, pero se dirigió hacia mí. Ella tenía en mente otro tipo de parrillada.

Alguien apareció en las puertas correderas. Me levanté de golpe y me dirigí hacia Mike.

—Hola, siento...

Le eché los brazos al cuello y le besé. Él movió sus manos a la parte superior de mi espalda, presionándome ligeramente más cerca y profundizando nuestro beso.

—¿Qué te dije? —Dijo Cora detrás de nosotros—. Cuestión de tiempo.

Nos separamos, pero Mike mantuvo su mirada fija en mí.

—¿Ha sido horrible? ¿Están yendo demasiado lejos?

—Se mencionó un velo de novia. Al igual que la insinuación de que no viviré en Ann Arbor mucho más tiempo.

Sonrió.

—No puedo decir que me enoje con la idea, pero me encargaré de ellos.

Mike deslizó su mano en la mía. Ya sabía que podía afrontar el resto de la tarde con él a mi lado.

Nos sentamos en varias silla en el patio mientras todos se ponían al día hablando.

—Es estupendo tener por fin un médico en la familia, —presumió el padre de Mike.

Apreté la mano de Mike y me preparé. Pero antes de que pudiera intervenir, Saya tomó la palabra.

—La consulta va bien, —dijo—. Hemos añadido un nuevo podólogo a la clínica, así que tendré cobertura cuando esté de baja.

Agarré con más fuerza la mano de Mike. Mantuve la voz baja y me aparté de los demás.

—Te has dejado un detalle crucial sobre Saya.

La comprensión apareció en su rostro.

—Ah, sí. Es médico. No se me ocurrió mencionarlo. Gabe la conoció a través de su trabajo de ventas farmacéuticas.

Vale, es justo. No llevábamos mucho tiempo juntos. Mike se quedó en el norte una semana y media para terminar las reformas. Con varias rondas de entrevistas de trabajo y el comienzo de mi nuevo empleo, además de vivir a una hora en coche de él, básicamente habíamos pasado juntos dos fines de semana y algunas noches entre semana. Nos enviábamos mensajes y hablábamos por teléfono a diario, pero al parecer nunca cubríamos la profesión de su cuñada.

Relajé la mano apretando. Los padres de Mike tenían su preciado médico para la familia. Esperaba que no vieran a Saya como un trofeo. Por lo que había visto, ella tenía una relación cómoda con los padres de Mike. Desde luego, Gabe parecía capaz de intervenir si era necesario, una grata sorpresa, ya que mis recuerdos de él eran sobre todo que nos evitaba a Mike y a mí o que nos torturaba.

Todos habíamos crecido. Incluso mi hermano Josh, que no pudo venir hoy.

Con suerte, habría muchas otras comidas al aire libre.

El padre de Mike se acercó.

—¿Cómo fue ver la vieja casa de verano? —me preguntó.

—Bueno, no llegué a entrar en el bungalow. Pero me encantaría reservarlo para un futuro fin de semana con mis amigas de la universidad—. Habíamos charlado por videollamada-todos con muchas cosas de las que ponernos al día, y acordamos que nos necesitábamos en nuestras vidas. En persona— ¿Lo reservas fuera de temporada?

—¿Para ti? Por supuesto. —Sonrió.

—El nuevo local que vendes tiene muy buena pinta. Cuando lo pongas en venta, ¿tienes que revelar el...?

—Decidimos reemplazar el refrigerador, —interrumpió Mike. Apretó mi mano con fuerza como yo lo había hecho con él—. Pensé que era mejor vender con un electrodoméstico nuevo que con una máquina de hielo estropeada.

Así que su padre no sabía lo del murciélago. Entendido. Nuestras pobres manos podrían no sobrevivir a esta comida al aire libre.

Su padre continuó, ajeno a nuestra comunicación manual secundaria.

—Vamos a poner la propiedad en venta la semana que viene. Ya tenemos un interés serio a través de nuestro contacto inmobiliario. Creo que se venderá rápido. Gracias a este tipo. —Le dio una palmada en el hombro a Mike.

Me fijé en la camiseta del padre de Mike. Un polo con el logotipo de la empresa de Mike cosido en la parte superior derecha del pecho.

El orgullo de sus padres por Mike continuó durante toda nuestra tarde juntos. Y para mi alivio, la forma en que hablaban con y de Saya confirmaba que la consideraban algo más que un símbolo médico de estatus. Por lo que había visto hoy, sus padres valoraban a sus hijos tal y como eran.

Mike habló cerca de mi oído.

—¿Quieres salir de aquí un momento?

—Por supuesto.

Caminamos por el barrio de sus padres. Un pequeño parque esperaba al final de la corta manzana. Encontramos un lugar sombreado junto al borde de un patio de recreo vacío.

Me besó suavemente en la frente.

—Gracias por venir hoy. Sé que mis padres pueden ser intensos.

—Mis propios padres contribuyeron. —Me estremecí al pensar en el velo de novia. No por el velo en sí, ni siquiera por la idea de llevarlo en mi propia boda. El velo sería maravillosamente significativo en el momento adecuado. Sólo habían pasado cuatro semanas desde que Mike y yo aterrizamos de nuevo en la vida del otro.

—Vamos a contratar a otro empleado a tiempo completo para la oficina, —me dijo—. Lo decidí ayer.

—¿Ah, sí? ¿Qué significa eso?

—Menos papeleo para mí, más tiempo contigo.

—Justo cuando empiezo mi nuevo trabajo.

—Pero tienes un horario fijo. No tienes que hacer horas extras para impresionar a algún profesor.

—¡Pero la imagen confocal! No tienes ni idea de cuánto me gusta ya lo que voy a hacer.

—No sé lo que es, pero me alegro por ti.

—Es microscopía de barrido láser. —Y bendito sea, me dejó que se lo contara todo. Bueno, me dejó hasta donde yo decidí que él necesitaba saber sobre microscopios avanzados. Y me escuchó. Eran muy chulos.

—Te quiero, ¿sabes? —Mike jugó con las puntas de mi pelo.

Le besé. Más casto de lo que hubiera preferido, pero estábamos en un patio de recreo público. Vacío, pero aún así.

—Yo también te quiero.

—Podemos tomarnos todo el tiempo que necesitemos. Les diré a los amigos que no hablen de que nos vayamos a vivir juntos o nos casemos.

Sabía que cumpliría su promesa. También sabía que no necesitaríamos mucho tiempo. Cuando lo sabía, lo sabía. Y yo lo sabía. No tenía ningún interés en otros diez años separados. La distancia que nos separaba ahora nos ofrecía espacio cuando lo necesitábamos.

—Los cachorros dan mucho trabajo. Necesitaré apoyo.

Sonrió.

—Encantado de ayudar en ese frente.

—Ya tengo un nombre elegido: Charlie. Diminutivo de Charlevoix.

Bajó sus dedos hasta mi mano y la estrechó.

—Sabes, he investigado un poco más el fallo de la doble reserva. Sigo sin entender qué pasó.

—Quizá fue el destino.

—¿Tú? ¿Crees en el destino?

Me medio encogí de hombros.

—Suena más romántico que nuestros padres nos tendieran una trampa. —Se quedó con la boca abierta—. No creerás...

—Escucha, nuestras madres hablan. Mi madre me echó la bronca por usar la propiedad de tu familia. Le dije que no como tres veces antes de ceder. Principalmente porque todo lo demás a un precio razonable ya estaba reservado. No tenía ni idea de que la gente reservaba casas de verano con un año de antelación.

—Es competitivo. Pero tu madre no habría sabido que yo estaría allí arreglando la casa. Sólo había decidido ir cuando —Se detuvo.

—¿Qué?

—Mis padres me sugirieron que fuera al norte a pasar el verano las pasadas Navidades. Me dieron un juego de llaves de la casa y un presupuesto holgado para las reformas. Eso fue hace seis meses. Les dije que no podía dejar mi negocio.

—Pero entonces lo hiciste.

Sacudió la cabeza.

—Después de que mis compañeros de trabajo me exigieran que me tomara unas

vacaciones.

—Tal vez esto es más grande de lo que pensamos. ¿Todos mis amigos se van? Vamos, ahora.

—El padre de tu amigo tuvo un ataque al corazón.

Sí, cierto.

—Vale, así que el universo no gira en torno a nosotros o a nuestras rupturas. Probablemente no sea una trampa de todos.

—Aún así parecen muchas coincidencias.

—Las felices, al menos.

Mike me miró de esa forma a la que solía hacerlo. Con todo su corazón y como si yo fuera la única persona que importaba en ese momento.

Absorbí el amor a través de mi piel sólo por la mirada de sus ojos. Le devolví una sonrisa agradecida. Agradecida por él y por las vueltas de la vida que nos llevaron hasta aquí. Agradecida por tanta promesa para el futuro. Una segunda oportunidad para construir sobre lo que ya teníamos.

—Destino o coincidencia, me alegro de que fuerzas externas nos volvieran a unir, —dijo.

—Porque los dos éramos demasiado testarudos para hacerlo realidad por nuestra cuenta. —Sacudí la cabeza ante los años que habíamos perdido. Aunque estaba convencida de que habíamos necesitado esos años para llegar a donde habíamos aterrizado. Y necesitaríamos un poco más de tiempo para adaptarnos al lugar al que nos dirigíamos. Con suerte, meses, no años.

Sus labios volvieron a encontrarse con los míos.

—Y ahora somos demasiado tercos para dejarnos llevar.

—No estoy enfadada por eso. —Me acerqué a él—. Todo irá bien. Más que bien. Porque te

quiero, Hoffstetter.

—Yo también le quiero, Dra. Levesque.